

BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

SS

EL VENENO DEL ESCORPION

**Curtis
Garland**

張
麗
錦





SERVICIO SECRETO



CURTIS GARLAND

EL VENENO DEL ESCORPIÓN

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.688

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.680 - Los siete del miedo.

En Colección PUNTO ROJO:

1.071 - La dama que gritó.

En Colección LA HUELLA:

134 - Pasaje sin salida.

ISBN 84-02-02513 7
Depósito legal: B 33.324-1982
Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: diciembre, 1982
2.^a edición en América: junio, 1983

© Curtis Garland -1982
Texto

© Fabá 1982
Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen
en esta novela, así como las situaciones de la misma, son
fruto exclusivamente de la imaginación del autor; por
lo que cualquier semejanza con personajes, entidades
o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona -1982

CAPÍTULO PRIMERO

Para cualquier ser humano normal, aquélla hubiera sido una noche realmente de terror.

Pero Rufus Kinlay era cualquier cosa menos un ser normal, tanto en apariencia física como en todos los demás órdenes personales. Tal vez por ello, la noche le importaba un bledo, y la tormenta otro tanto. Es más, ni siquiera pestañeó cuando allá en el negro cielo se desgarraron brutalmente las nubes con el destello cegador de un relámpago, y un bramido de mil diablos conmovió la tierra toda, como en una mala película de horror podrían imitar los técnicos en efectos especiales.

Por el contrario, Rufus Kinlay se limitó a encoger más sus hombros, algo cargados en torno a su cuellicorta base craneal, y siguió caminando como si tal cosa, procurando tapar mejor lo que llevaba entre sus brazos, envuelto en oscura lona impermeabilizada.

Abrió la puertecilla metálica del alto muro que circundaba un amplio y sombrío patio salpicado de castaños pesados y hoscos. Allá arriba, de nuevo la negrura celeste reventó en una flamígera espada zigzagueante, que hizo retumbar el trueno con violencia casi irreal. Vidrieras e incluso muros se estremecieron bajo tal estruendo, sin que la calma del deforme Rufus se viera afectada en lo más mínimo.

El torrente de lluvia comenzó a desplomarse de repente, como una catarata vomitada por el cielo espeso y lúgubre, bañando materialmente a Rufus en su torrencera. El hombre esta vez sí se sintió molesto por la inoportuna ducha torrencial, y corrió hacia el sólido, macizo edificio de piedra que se erguía ante él, remedando la vieja mansión del monstruo de los filmes de terror de otros tiempos.

Respiró aliviado al encontrarse bajo techado, pese a que el recinto donde se encontró podía resultar cualquier cosa menos acogedor. Era demasiado alto, abovedado, sombrío y destartalado

como para que diese impresión de hospitalidad. Pero, a fin de cuentas, era un techo. Y afuera, la tormenta rugía en toda su intensidad.

Enfiló un largo corredor, a cuyo extremo se iniciaba una escalera ascendente de balaustrada hecha de ojivas góticas y con unos amplios y elevados escalones en pronunciada curva hacia la planta alta.

Rufus llamó desde abajo, con voz queda, como no queriendo molestar:

—¡Doctor, doctor, estoy aquí!

Inicialmente, nadie contestó a sus palabras. Arriba, se percibía un apagado, sordo zumbido como de algo eléctrico en funcionamiento, pero eso era todo. Rufus insistió desde el arranque de la escalera:

—¡Doctor! ¡He regresado con lo que me pidió! ¡Doctor! ¿Me oye?

—Maldita sea, claro que te oigo —sonó una voz allá arriba, con tono casi irritado, sobreponiéndose al sonido de fondo que formaba el zumbido—. Deja de gritar y sube. Te necesito.

Rufus se apresuró a subir los escalones a saltitos. Visto a distancia, cualquiera hubiese dicho que parecía un sórdido bufón escapado de las páginas de un relato medioeval de Allan Poe. Cuando llegó al piso alto, corrió también a saltitos, en dirección a una ancha franja de luz que brotaba de una estancia cercana, con la puerta entreabierta.

—Entra —ordenó con aspereza la voz que sonara antes—. Necesito lo que te he encargado, Rufus. Y enseguida.

—Sí, doctor, por supuesto. Enseguida —se apresuró a afirmar el hombrecillo, con aire complacido, acercándose a la luz sin soltar en ningún momento el envoltorio de lona brillante que llevaba entre sus brazos cortos y musculosos.

Asomó a una amplia cámara singularmente dotada. La luz allí dentro era cruda y de un lívido azul que desfiguraba las facciones y alteraba su color real, hasta dar a los rostros humanos apariencia de máscaras irreales. Los muros estaban ocupados por diversos instrumentos y paneles de tipo electrónico, aparatos de naturaleza compleja y una serie interminable de circuitos, conexiones, pantallas fluorescentes y toda clase de ingenios cibernéticos

destinados a una oculta y concreta utilidad que no era la romana de Rufus la más adecuada para discernir, evidentemente.

No era un solo hombre el que ocupaba la cámara, pero como si lo fuese. El otro que la compartía con él, lo hacía en un papel totalmente pasivo y a no dudar involuntario.

Ante el hombre de bata blanca erguido en medio de la estancia, otra persona se hallaba situada sobre una especie de tablero giratorio, que se movía muy lentamente bajo una especie de tubo que, a su vez, ejercía un movimiento similar, siguiendo en todo momento, desde una compleja instalación en el techo, a tablero y ocupante. Éste permanecía inconsciente y rígido, sujeto a la tabla móvil por una serie de bandas o correas anchas en torno a sus piernas, brazos y tronco. Cualquiera hubiese encontrado en aquella escena una rara y siniestra similitud con la vieja leyenda o historia de Frankenstein y su monstruo, a no ser porque el cuerpo tendido en la tabla era el de un hombre joven, esbelto, musculoso y bien parecido, totalmente desnudo. Y el hombre de la bata blanca no parecía responder tampoco a la imagen que la literatura pudo haber dado del mítico doctor fabricante de monstruos.

Porque el hombre era delgado, menudo, encorvado y de larga melena blanca, gruesas gafas de montura de concha, con vidrios oscuros, y aire apacible y calmoso, muy distante del científico capaz de crear vida de vísceras y despojos humanos.

Sin embargo, había algo extraño y poco tranquilizador en aquel hombre pequeño, frágil y aparentemente anciano y de aire inofensivo. Algo que no respondía en absoluto a tal aspecto, y que hubiera resultado inquietante para cualquier ser humano normal. Pero una vez más se demostraba que Rufus Kinlay distaba mucho de ser algo así, ya que se limitó a sonreír beatíficamente con su feo rostro de gárgola viviente, y agitar con un aire de infantil complacencia el objeto envuelto en la lona impermeable.

—Aquí lo tiene, doctor —dijo—. Tal y como me lo pidió...

El hombre de la bata blanca asintió distraído, y sus pequeñas manos esbeltas, protegidas con livianos guantes de goma, tomaron el envoltorio cuidadosamente y lo llevaron hasta encima de una mesa de mármol, sin llegar a destaparlo. Antes, dirigió una mirada pensativa hacia el cuerpo del hombre joven y desnudo, que seguía girando lenta e incansablemente en su tablero, bajo el ojo

persistente y misterioso del tubo de la techumbre.

—Excelente —manifestó entre dientes el doctor con voz ronca—. Espero que hayas sabido hacerlo todo bien...

—Oh, doctor, sin duda alguna —rió el otro, complacido—. Me aseguré de ello previamente. Elegí lo mejor.

—Bien, Rufus, bien —aprobó el doctor—. Si es como dices, éste puede resultar el experimento del siglo. Alguien va a sentirse muy satisfecho esta vez con mi trabajo, estoy seguro de ello. Y eso representa millones...

—¿Millones?

—De dólares, sí. Millones y millones. Tantos como jamás podría gastar ser humano alguno —el de la bata blanca agitó sus manos con cierta excitación—. Pero a mí el dinero me importa poco, Rufus. Muy poco. Si quiero millones es para seguir investigando, para seguir encontrando nuevos medios de matar, de destruir... Matar, destruir... Hermosas palabras, Rufus. Hermoso objetivo. Los humanos son despreciables, odiosos. No valen nada. Nacen, viven y mueren presos de sus pasiones. Es mejor exterminarlos. Pero hacerlo con inteligencia, con método, con arte científico, es la sublimación del exterminio, el caos llevado a lo sublime, el holocausto conducido a lo supremo y lo exquisito... Sólo por eso vale la pena vivir, Rufus.

—Si usted lo dice, doctor, así será.

—Es así, Rufus. Tu pobre cerebro no alcanzará a comprenderlo, sin duda. Pero mis trabajos para esos servicios de inteligencia que me contratan para que les encuentre nuevos y más poderosos medios de lucha, de destrucción del enemigo en suma, no los hago solamente por dinero ni mucho menos por ideología alguna. Igual me da servir a la KGB que a la CIA, al

MI-5

británico o a la Gestapo alemana, si ésta existiera. Lo importante es ayudar a aniquilar a cuantos más seres humanos, mejor. De mi inteligencia, de mi cerebro, de mis experimentos, depende que esa destrucción resulte más o menos artística y elogiabile, o sólo una simple forma de matar sin gracia ni refinamiento.

—Seguro, doctor —afirmó Rufus, que no entendía nada de nada, pero que viniendo de labios de su superior era para él puro dogma.

—Ahora tengo la gran ocasión, el momento en que puedo crear

mi obra. El poder destructor más inimaginable, que en manos de mis actuales financieros puede llegar a significar la destrucción total de sus enemigos sin apenas luchar. Una batalla ganada aun antes de empezarla, diría yo. Eso es lo que busco, lo que pretendo. Se lo he dicho a mis financieros y me han puesto medios ilimitados a los pies. Puedo disponer de cientos, de miles de millones, si hago posible lo que estoy buscando. Y lo cierto, amigo Rufus es que ya lo he encontrado. Y estoy a punto de probarlo de una vez por todas.

Tras sus gruesas gafas de cristal color humo, sus ojos tuvieron un destello raro y profundo, una luz de demencial orgullo y arrogancia. Avanzó lentamente hacia el hombre hermoso de aquella anatomía musculosa y casi perfecta, en el rostro joven, inerte y carente de emociones, en los párpados cerrados y la boca apretada.

—Desmond Darrin —recitó sombríamente el doctor—. Un hombre hermoso y arrogante. Un ejemplar viril como hay pocos. ¿Y qué es ahora? Un simple cobaya en mis manos, como tantos otros lo fueron antes. Pero a él le tengo reservado un destino especial. *Muy* especial. Pasará anónimamente a la historia, sin duda alguna. Nadie sabrá nada de él en el futuro. Pero habrá sido al artífice del mayor medio destructor que la Humanidad conoció jamás, Rufus. Él, este Desmond Darrin que nunca fue demasiado inteligente ni demasiado útil a la sociedad, salvo para practicar deportes, enamorar a las mujeres y presumir de varón bien dotado, va a ser en el futuro inmediato el vehículo, el medio por el que cierto gobierno del mundo al que ahora me debo, obtenga de mis manos el más perfecto, sofisticado y terrible medio de destruir que existió jamás. Personalmente, mi actual conejillo de indias nunca valió nada. Sin embargo, va a ser la clave de algo revolucionario y aterrador muy pronto. Algo que ni él mismo sabía cuándo se puso en mis manos...

Siguió girando la tabla con el cuerpo desnudo encima. Y con ella el ojo implacable fijado al techo. El hombre de la bata blanca fue a la mesa de mármol. Comenzó a desenvolver lenta, muy lentamente, la lona impermeable que cubría el objeto traído poco antes por su fiel y nada inteligente Rufus.

—Ahora... comencemos el gran experimento final —murmuró entre dientes el científico.

Rufus le contempló atentamente, como hacía siempre que su amo trabajaba en algo importante. No es que ese hecho le hiciera

comprender nada de nada, pero lograba permanecer absorto, envidiando la capacidad intelectual y científica de aquel hombrecillo extraño y de apariencia inofensiva que hablaba de la destrucción de los humanos como de algo no sólo necesario sino loable y hermoso.

El doctor desenvolvió totalmente el envoltorio. Apareció una caja de madera provista de diversos orificios para que algo o alguien respirase allí dentro. Depositó cuidadosamente la caja dentro de una alargada urna de vidrio que luego cerró a medias con otra tapa de igual material. Se calzó en su diestra un guante de especial grosor y material resistente. Manipuló la caja, abriendo una compuerta lateral. Esperó.

Tras unos segundos, del interior del recipiente emergió algo dorado, translúcido, dotado de vida propia, que se movió fuera de su encierro, entre los muros de vidrio.

Era un alacrán.

Su tamaño resultaba poco frecuente. Era grande, vivaz como todos los de su especie, con esa mezcla inquietante de pereza y agilidad que los hace tan temibles. Su cola permanecía erecta, su pico ponzoñoso a punto, vibrando en el aire, amenazador, acaso deseando vengarse en alguien del forzado encierro al que estuviera sometido últimamente contra su voluntad. El doctor pareció complacido, casi fascinado, siguiendo con mirada atenta al peligroso arácnido.

—Perfecto, Rufus —aprobó—. Un hermoso ejemplar. Y con todo su veneno, sin duda.

—Sin duda, doctor —corroboró el fiel servidor apaciblemente.

Correteaba el escorpión por la urna de vidrio, enfureciéndose más aún por momentos al no poder escalar la lisa superficie sin caer de nuevo al fondo. El doctor introdujo su mano enguantada en el interior y tocó ligeramente el lomo dorado del animal. Éste le disparó de modo fulminante su pico, que se hincó en vano en la gruesa y dura capa del guante especial contra picaduras. Luego, se alejó más rápido, ocultándose dentro de la caja de madera.

Rió el científico, complacido por el destello de ira del animal y se volvió hacia su humano cobaya sujeto al tablero giratorio, con expresión maligna.

—Bien, mi querido amigo Darrin —silabeó roncamente—. Llegó

el gran momento... Tu hermoso cuerpo va a convertirse en un depósito de veneno letal. ¡Veneno de escorpión, inoculado fatalmente en tu sangre! Pero eso será sólo el principio del experimento... porque después los rayos

U-O

harán el resto...

Soltó una agria carcajada que tenía poco de humana. Esta vez, incluso un ser tan amorfo y torpe como Rufus pareció sentir miedo ante la risa de su patrón, y se encogió, hundiendo su corto cuello entre los cargados hombros, con un gesto de aprensión en su fea cara deforme.

Fuera, el subrayado de la tormenta, ruidosa y violenta, convertida en catarata de lluvia torrencial, rayos cegadores y poderosos truenos, convertían la escena en algo cada vez más parecido a una vetusta y casi hilarante película de miedo de los viejos tiempos del cine impresionista...

El doctor se aproximó a un tablero de incontables teclados, y presionó con dedos rápidos hasta un total de doce o quince teclas de diversos colores. Se encendieron unos paneles y comenzaron a desfilar cifras y gráficos en diversas pantallas. Un encefalógrafo y un cardiógrafo trazaron las líneas vitales del paciente tendido en el tablero giratorio.

Luego, el hombrecillo canoso de la bata blanca apretó dos teclas, verde una y roja otra, de modo simultáneo.

De inmediato se notaron las consecuencias del gesto.

Del tubo del techo, enfilado hacia el hombre llamado Desmond Darrin, brotó una centelleante luz azul, un chorro delgado y frío, como un rayo láser, que alcanzó de lleno entre ambas cejas del paciente, dibujando en su frente un pequeño disco azul brillante. Después, el doctor fue a la urna de vidrio. Con su mano, cuidadosamente, sin tocarle el lomo, recogió al alacrán dorado, que condujo, entre el manoteo de éste entre sus dedos, hasta el cuerpo desnudo del hermoso adonis inconsciente. Lo apoyó, lento y con casi aire de deleite, sobre el torso desnudo, musculoso. Justo sobre el corazón. Y apretó contra la epidermis el lomo del animal.

La reacción del escorpión fue fulgurante. Disparó su pico una y otra vez, mientras el doctor lo mantenía fijo allí, clavándolo repetidamente en el pecho del cobaya humano.

Un alarido brutal, inhumano, escapó de labios del ser inconsciente, cuyos párpados se abrieron y sus ojos se dilataron, vidriosos, en terrible expresión de dolor supremo. El cuerpo se conmovió entre sus ligaduras, mientras el rayo de luz, inexorable, caía sobre él con un sonido sibilante, zumbón y siniestro.

—¡Perfecto! —bramó el doctor, febril, la mirada vidriosa, brillante y dura, fija en su víctima, a través de los gruesos vidrios ahumados de sus gafas—. ¡Está resultando! ¡Está resultando, Rufus, amigo...!

El deforme ser se agitó, palmoteando de gozo, aunque no entendía nada de nada. El alacrán seguía picando, rabioso, depositando todo su temible veneno en la sangre del paciente, directo a su corazón.

Tras el alarido, el objeto del atroz experimento quedó inmóvil, crispado, rígido su rostro por el dolor y la agonía. Riendo aún, el doctor apretó con su mano enguantada al alacrán. Lo hizo con tal fuerza, que reventó al dorado arácnido, con expresión maligna.

—Bien, mi querido amigo Darrin —silabeó roncamente—. Llegó el gran momento... Tu hermoso cuerpo va a convertirse en un depósito de veneno letal. ¡Veneno de escorpión, inoculado fatalmente en tu sangre! Pero eso será sólo el principio del experimento... porque después los rayos

U-O

harán el resto...

Soltó una agria carcajada que tenía poco de humana. Esta vez, incluso un ser tan amorfo y torpe como Rufus pareció sentir miedo ante la risa de su patrón, y se encogió, hundiendo su corto cuello entre los cargados hombros, con un gesto de aprensión en su fea cara deforme.

Fuera, el subrayado de la tormenta, ruidosa y violenta, convertida en catarata de lluvia torrencial, rayos cegadores y poderosos truenos, convertían la escena en algo cada vez más parecido a una vetusta y casi hilarante película de miedo de los viejos tiempos del cine impresionista...

El doctor se aproximó a un tablero de incontables teclados, y presionó con dedos rápidos hasta un total de doce o quince teclas de diversos colores. Se encendieron unos paneles y comenzaron a desfilas cifras y gráficos en diversas pantallas. Un encefalógrafo y

un cardiógrafo trazaron las líneas vitales del paciente tendido en el tablero giratorio.

Luego, el hombrecillo canoso de la bata blanca apretó dos teclas, verde una y roja otra, de modo simultáneo.

De inmediato se notaron las consecuencias del gesto.

Del tubo del techo, enfilado hacia el hombre llamado Desmond Darrin, brotó una centelleante luz azul, un chorro delgado y frío, como un rayo láser, que alcanzó de lleno entre ambas cejas del paciente, dibujando en su frente un pequeño disco azul brillante. Después, el doctor fue a la urna de vidrio. Con su mano, cuidadosamente, sin tocarle el lomo, recogió al alacrán dorado, que condujo, entre el manoteo de éste entre sus dedos, hasta el cuerpo desnudo del hermoso adonis inconsciente. Lo apoyó, lento y con casi aire de deleite, sobre el torso desnudo, musculoso. Justo sobre el corazón. Y apretó contra la epidermis el lomo del animal.

La reacción del escorpión fue fulgurante. Disparó su pico una y otra vez, mientras el doctor lo mantenía fijo allí, clavándolo repetidamente en el pecho del cobaya humano.

Un alarido brutal, inhumano, escapó de labios del ser inconsciente, cuyos párpados se abrieron y sus ojos se dilataron, vidriosos, en terrible expresión de dolor supremo. El cuerpo se conmovió entre sus ligaduras, mientras el rayo de luz, inexorable, caía sobre él con un sonido sibilante, zumbón y siniestro.

—¡Perfecto! —bramó el doctor, febril, la mirada vidriosa, brillante y dura, fija en su víctima, a través de los gruesos vidrios ahumados de sus gafas—. ¡Está resultando! ¡Está resultando, Rufus, amigo...!

El deforme ser se agitó, palmoteando de gozo, aunque no entendía nada de nada. El alacrán seguía picando, rabioso, depositando todo su temible veneno en la sangre del paciente, directo a su corazón.

Tras el alarido, el objeto del atroz experimento quedó inmóvil, crispado, rígido su rostro por el dolor y la agonía. Riendo aún, el doctor apretó con su mano enguantada al alacrán. Lo hizo con tal fuerza, que reventó al dorado arácnido, cuyos restos arrojó al suelo, mientras contemplaba como fascinado a su presa.

—Resulta, resulta —jadeó de nuevo—. El veneno llega a su corazón, emponzoña su sangre... pero no lo mata. Los rayos

U-O

impiden su muerte inmediata, difunden el veneno del escorpión por su cuerpo todo, lo potencian... En pocos instantes, Desmond Darrin morirá definitivamente. Pero su cuerpo emponzoñado con el veneno del alacrán, y potenciado millones de veces por las radiaciones, se convertirá en un caldo de cultivo para el más poderoso tóxico de la historia, para un veneno que podrá ser *emitido* a distancia, en un simple rayo de luz, y convertirá en veneno puro la sangre de miles, de millones de seres, en escasos segundos, apenas les toque el rayo letal. ¡Será el auténtico rayo de la muerte, capaz de aniquilar en un instante a todo un ejército, una ciudad, una escuadra, una flota, lo que sea! ¡El enemigo estará a merced de quien posea este arma, y sólo con presionar un botón, sin explosiones devastadoras, sin bombas ni fuego, miles de seres se desplomarán con la sangre hecha ponzoña mortal! ¡Ése es mi invento, mi gran invento, Rufus, combinando el poder de los Rayos

U-O

y del simple veneno de un vulgar escorpión!

Con una carcajada estruendosa, que hablaba de victoria pero también de una demencial, psicopática complacencia ante la idea de la muerte y la destrucción, el doctor subrayó su anunciado, despertando carcajadas del horrible Rufus, sin que éste hubiera llegado a entender nada de cuanto se le refería.

Lo que sí entendió fue lo inmediato. Y eso lo reveló con claridad, transfigurando su gesto, desorbitando los ojos y señalando hacia atrás, a espaldas del doctor, con brazo trémulo y boca crispada por el terror y el asombro.

—Doctor, doctor... —jadeó—. Mire... mire *eso*, doctor, por el amor de Dios...

Detrás del científico, una serie de crujidos alarmantes lograron despertar también el pánico en el propio doctor. Giró su cabeza, asombrado, tratando de indagar la causa de tales ruidos. Retrocedió, aterrado, con un grito ronco de pavor brotando de sus labios.

—¿Qué mil diablos...? —comenzó—. ¡Eso... *eso* no entraba en mis planes! ¿Qué es lo que está ocurriendo, por todos los demonios?

Lo que estaba ocurriendo, aunque imprevisto e inesperado, era bien simple: el poderoso, atlético joven sometido a tan atroz

experimento, estaba rompiendo sus amarras a la tabla giratoria.

Se estaba soltando de ellas con simples y bruscos movimientos de brazos y piernas, como si sus fuerzas físicas se hubieran centuplicado bajo los efectos del veneno del escorpión o del misterioso rayo

U-O.

Fuese lo que fuese, aquel hombre, maciza masa de poderosos músculos, era ahora una mole de poderío físico impresionante, arrollándolo todo de forma increíble.

Saltaron en pedazos las anchas franjas de metal y cuero que apretaban sus miembros, unidos a un complejo sistema de electrodos que despidieron chisporroteos violentos.

Los ojos de Desmond Darrin estaban vidriados, fijos y horribles, el rostro convertido en una hermosa máscara viril de odio, de rabia y de crispación, y saltó al suelo, abandonando su tablero móvil, que siguió girando, vacío ya, mientras con paso lento y solemne, el hombre apolíneo se aproximaba a sus verdugos, goteando sangre negruzca por los orificios que el pico letal del escorpión había abierto en su torso.

—¿Qué haces? —jadeó el doctor—. ¿Qué significa esto? No puede ser... No puedes sobrevivir... Eres sólo un «caldo de cultivo», Darrin... Un medio de destruir a los demás, de crear el arma más poderosa de la historia...

Darrin no parecía entenderlo así. Avanzaba, implacable, hacia ellos. Rufus, asustado, comprendía que su patrón estaba en peligro. Y trató de ayudarle, una vez más, con toda su lealtad.

Saltó su deforme figura, interponiéndose en el camino del sorprendente personaje liberado de sus ataduras. Un momento más tarde, esa misma figura volaba por los aires, con un alarido escalofriante, convertida en una masa informe, despedazada por la simple acción de una sola mano del hermoso hombre desnudo, que había tocado simplemente a su víctima con la mano extendida, convirtiendo el rostro de gárgola de Rufus Kinlay en una especie de negruzca masa informe, con los ojos desorbitados y la lengua amoratada e hinchada fuera de sus labios convulsos.

Una indescriptible mezcla de poder físico aniquilador y de una fuerza mortífera, abrasadora y fantástica, había convertido al infortunado Rufus en un cuerpo sin vida, un pelele informe,

aplastado contra el suelo del extraño laboratorio, mientras fuera rugía la tormenta y dentro del recinto el creador de aquel nuevo monstruo retrocedía, aterrado, al verse amenazado, como en el gótico relato de horror, por el monstruo que el nuevo Frankenstein del siglo xx había creado con dinero de los servicios de inteligencia de una potencia determinada...

CAPÍTULO II

El automóvil se detuvo suavemente ante el pequeño *pub* situado en el pintoresco pueblecito inglés, no lejos del riachuelo sobre el cual tendíase el puente de piedra viejo y típico, entre edificios cuyos muros alfombraban las espesas hiedras hasta los tejadillos grises rematados en graciosas y antiguas chimeneas.

El coche era un rojo deportivo descapotable de formas aerodinámicas que, inevitablemente, despertó el interés y curiosidad de los cuatro o cinco patilludos individuos de rojas narices y congestionadas mejillas que bebían grandes jarras de cerveza negra en la puerta de la taberna.

Del vehículo, un moderno y caro Alfa Romeo, descendió una figura que hizo olvidar a todos los presentes la existencia del rojo y bello automóvil.

En cuanto a líneas, ciertamente, la ocupante del Alfa Romeo ganaba con mucho a su espectacular vehículo, y eso que parecía difícil conseguirlo. Tenía largas y bellas piernas, lucía una falda cheviot lo bastante corta como para permitir entrever unos muslos sedosos y bien formados al saltar del asiento delantero, y bajo su blusa liviana, de entretiempo, color castaño como su cabello, palpitaban, libres de todo encierro ortopédico un par de espléndidos y jóvenes pechos capaces de hacer derramar la cerveza por las comisuras de los labios de los expertos bebedores de cerveza de Stratford

On-Avon,

la apacible villa donde viniera al mundo el genio de la tragedia escénica, William Shakespeare.

El local, precisamente, se llamaba Falstaff, quizás en homenaje local al inefable, gordo y simpático personaje shakespeariano. Una efígie del saludable ente de ficción colgaba a la puerta del *pub* como muestra del mismo.

La bella joven, cuyos ojos grises resbalaron entre divertidos y cordiales por los rostros de los bebedores, penetró en el local, respetuosamente saludada por todos los presentes. Se halló en un típico *pub pueblerino, de vidrieras esmeriladas color caramelo, mesas alargadas, bancos de madera, un hogar que funcionaría sólo en el largo y crudo invierno, para solaz de su clientela, y un mostrador de bruñida madera, sobre el que colgaban numerosas jarras de marcas de whisky escocés a guisa de adorno.*

La joven dirigió una mirada en derredor. Clavó sus pupilas en un hombre sentado en una mesita arrinconada, ante una alta jarra de cerveza dorada y espumosa. Era un hombre de cabellos claros, joven y bien parecido, alto sin duda, y vestido irreprochablemente como cualquier caballero británico de buena posición, con una chaqueta de mezclilla marrón y *beige*, camisa color café, con pañuelo color canela al cuello, pantalón *beige* y zapatos marrón de buena marca y diseño moderno.

Ante el joven, sobre la mesa, un ejemplar del *Reader's Digest* reposaba ostensiblemente, junto a un paquete de cigarrillos Winston y un encendedor electrónico con la bandera británica por adorno en un ángulo de su cromada superficie.

Ella sonrió, movió la cabeza y avanzó hacia la mesa con paso firme. Se detuvo ante ella. El joven la miró enarcando las cejas. Tenía los ojos oscuros y fríos, pese a que sonreía con cierta simpatía.

—La revista americana, el tabaco americano y la bandera británica —recitó ella con un suspiro, sentándose ante él—. Es lo convenido, supongo. ¿O se trata de una casualidad?

—Si usted es Maggie McCoy, no hay casualidad alguna —replicó él, algo cauto.

—Soy Maggie McCoy —afirmó ella, depositando ante él un documento identificativo, con el emblema del gobierno británico—. ¿Qué me responde?

—Una credencial puede falsearse —sonrió él, mirándola pensativo—. ¿Por qué no usa mejor el santo y seña previsto? Yo he usado el mío en parte: la revista americana, el tabaco... y la bandera.

—Está bien —admitió ella de mala gana. Miró por la ventana a un apacible paisaje ribereño, al otro lado de la carretera—.

«Siempre hace mal tiempo en Escocia durante el invierno».

—«También hace frío en Nueva Inglaterra cuando es invierno» —recitó él, riendo. Se inclinó y le tendió su mano—. Cómo ve, todo conforme. Clifford Darrin a su disposición.

—Es un placer, señor Darrin. Ya sabe mi nombre: Maggie McCoy.

—Por Dios, es horrible que una chica como usted me llame «señor Darrin» —protestó él—. Me gusta que me llamen Cliff. Sobre todo, los que van a trabajar conmigo.

—Vale, Cliff. Para usted, yo seré sólo Maggie —rió ella de buena gana—. Pensamos lo mismo respecto a los protocolos. ¿Por qué pensó que podía ser una suplantador?

—No lo sé. Me la describieron muy bien. Veo que no exageraron en nada: las piernas más bonitas de Londres, los pechos más bellos de Inglaterra y los ojos más dulces de las Islas.

—¡Embustero! —protestó ella—. No pudieron decirle eso en el Servicio Secreto.

—Vale, no me lo dijeron. Pero se parecía en algo. También mencionaron su coche rojo. Vi que es un Alfa Romeo y tiene la matrícula que me indicaron —señaló vagamente al exterior—. Usted apenas vio mis distintivos en la mesa, vino a mí. Pero a veces, todo eso no basta. Nos las tenemos que haber con gente muy astuta y capacitada. Todo pueden hacerlo. O casi todo.

—En eso estamos de acuerdo, Cliff —admitió ella de mala gana. Se volvió al cantinero, y le pidió una cerveza—. Nadie diría, viéndole aquí, que es usted americano. Parece un perfecto inglés. Incluso en sus ropas.

—Lo llevo en la sangre —rió él—. Mi padre era de Liverpool y mi madre de Manchester. Pero nací en Nueva York. Le aseguro que yo no tuve la culpa. No podía elegir.

—¿No le gusta ser americano?

—Claro. Pero mi sangre es inglesa. Eso me hace sentirme mitad de cada lado del Atlántico, Maggie. ¿Usted es inglesa?

—Escocesa —ella se mostró algo ofendida—. De Edimburgo. Pero mi abuelo materno era inglés. Eso nos hace ser similares en algo.

—En mucho. Ambos somos guapos —dijo él con cinismo.

—¡Presuntuoso! —rió de buena gana la joven—. ¿Siempre le

gusta bromear?

—Casi siempre —su gesto se ensombreció levemente—. Mi trabajo es demasiado serio para tomarse también la vida por la tremenda. Y más ahora, cuando mi propia sangre está mezclada en el asunto.

—Su hermano, ¿no?

—Sí —afirmó con gravedad él—. Desmond Darrin era mi hermano, Maggie.

—¿Era? Habla de él como si estuviese muerto...

—Debe estarlo, sin duda. No albergo grandes esperanzas al respecto, la verdad. Nadie que haya pasado por las manos del doctor Muerte sobrevive, Maggie.

—El doctor Muerte... —repitió ella, moviendo la cabeza de un lado a otro, con gesto pensativo y un cierto brillo de escepticismo en sus pupilas grises—. A veces me pregunto si los altos dirigentes de inteligencia no estarían saturándose demasiado de novelas baratas o de mal cine de la «serie B». Todo eso suena tan truculento, tan falso...

—¿Lo dice por el nombre de ese siniestro personaje? Estamos totalmente de acuerdo, pero el doctor Muerte no es una fantasía. Es una realidad. Figura en las nóminas de los servicios secretos de muchas potencias. Ha trabajado para americanos, ingleses, rusos y chinos indistintamente. No tiene credo político ni ideología alguna. Es un loco o un fanático de la ciencia, aplicada para el mal.

—¿El clásico científico loco? ¿Y dice que no suena todo a folletín barato?

—Sé qué iba a decir eso. Todo esto suena a folletín, lo admito. Tenía que haber visto su laboratorio en esta ocasión...

—Lo vi. Me han pasado diapositivas y filmaciones del mismo —aseguró ella, con un leve estremecimiento. Se calló al servirla la cerveza. Tomó un sorbo, esperó a que el cantinero se alejara, y luego continuó en tono bajo—: Parecía un decorado de película de terror para cines de barriada...

—Así es. Un caserón viejo y lúgubre en una región poco frecuentada del Maine, en la costa atlántica norte de los Estados Unidos. Fue el lugar elegido por el doctor Muerte para su experiencia última. Allí encontramos muerto, destrozado, a un pobre infeliz, tarado mental y físico, llamado Rufus Kinlay. Le

habían matado de un modo raro.

—¿Raro?

—Sí. Estaba como carbonizado. Algo altamente radiactivo le mató. Pero además, su sangre estaba convertida en puro veneno. Era ponzoña altamente letal, según el informe forense. Como si le hubieran picado mil escorpiones venenosos a la vez.

—¿Qué le mató, exactamente?

—Ambas cosas: veneno y radiación. Es difícil definir cuál actuó primero sobre su organismo para destruirle. Un caso endiabladamente raro incluso para la CIA, Maggie.

—¿Y dónde entra su hermano en toda esa horrible historia?

—No lo sé. Sólo puedo probar que era prisionero del doctor Muerte, que había ropas y pertenencias suyas en el caserón. Pero que no se halló ni rastro de él o del propio doctor en aquel recinto. Sólo el cadáver de Rufus Kinlay, una serie de instalaciones cibernéticas destruidas, y los restos de un escorpión altamente venenoso.

—¿Un escorpión?

—Sí. Cerca de un tablero giratorio donde alguien debió estar ligado, bajo los efectos de una radiación cuya naturaleza desconocemos, ya que la instalación resultó totalmente destruida por una explosión y un incendio. Pero no hay restos humanos dentro, salvo los ya citados.

—¿Tiene alguna teoría?

—Dos o tres. Pero ninguna me gusta. Ni me resulta alentadora —confesó el joven amargamente—. Por eso insisto en que mi hermano Desmond debió morir...

—¿A qué se dedicaba realmente su hermano? ¿Era también agente de... de la CIA? —completó la frase cautelosamente, tras mirar en torno suyo, cuidadosa.

—No, no —rechazó Clifford Darrin torciendo el gesto—. En realidad, mi hermano era muy distinto a mí. No me sentía orgulloso de él, lo confieso. Era un vividor, un tipo simpático, hercúleo y arrogante. Siempre se ha dicho de él que era demasiado guapo. Hizo de eso un oficio, una dedicación.

—Creo entender.

—Su especialidad eran las mujeres ricas, maduras o acabando su juventud. Abandonó a su esposa, una joven y bella enfermera, para

ir tras una millonaria que le regaló un yate y un deportivo de treinta mil dólares. Ahora, esa muchacha trabaja oscuramente en una entidad médica americana, procurando olvidar a Desmond lo mejor posible, aunque con el lastre de un hijo de cinco años. Yo procuro ayudarla, pero ella rechaza siempre toda ayuda. Tiene orgullo y dignidad. Pero sufre mucho con todo eso.

—Buen elemento tuvo de hermano.

—Sí, lo admito. Desmond es un *play-boy*, un granuja. O lo fue. De alguna forma, debió entablar relación con el doctor Muerte... y terminó mal. Pero ni siquiera sé cómo. Mis jefes de la CIA me han encargado este caso precisamente por ser su hermano.

—A mí, por considerarme la mejor agente disponible en este momento, dentro del *Intelligence Service* —respondió Maggie—. Espero que lleguemos juntos a alguna parte, Cliff.

—Yo también. Ahora sabemos que el doctor Muerte está aquí, en Inglaterra. Por eso urge que entremos ambos en acción. Es preciso evitar que lleve a cabo otra de sus atroces experiencias. Y saber para quién trabaja ahora.

—¿Por qué supone que no son los mismos quienes le pagan ahora que durante sus experiencias en Maine?

—Muy sencillo: uno de los agentes de esa potencia nos ha informado. No quieren saber nada del doctor Muerte, pese a que le financiaron sus pruebas con más de doscientos millones de dólares. Dicen que es un loco peligroso, capaz de resultar una especie de *boomerang* para quien le contrata. Pero alguien no piensa igual y lo tiene ahora a su servicio. Nosotros no somos. Inglaterra, tampoco. De modo que cuanto antes sepamos quiénes le contrataron y dónde puede hallarse ahora ese siniestro personaje, tanto mejor, Maggie. ¿Se da cuenta de la importancia de nuestra labor a partir de este mismo instante?

—Empiezo a dármele, sí. Lo que en principio parecía una farsa digna de una novela barata de hace décadas, parece tomar otra forma distinta.

—Aquí existen factores que dan ese aire entre irreal y de farsa a los hechos, y es el propio carácter del doctor Muerte. Se trata de un ser posiblemente psicópata, enfermizo y absurdo, pero terriblemente inteligente y con un desprecio total por las vidas humanas. Para él, los hombres son cobayas y nada más. Odia a la

Humanidad, aún no sé por qué, y la destrucción del ser humano es su meta, sin importarle su beneficio personal o las ideas políticas. Eso, en manos de gobiernos poco escrupulosos, es un peligro para el resto de las naciones. Le gustan los melodramas a nuestro perverso científico, y goza interpretando el papel de científico loco de los tópicos de siempre, aún no sé por qué. Es una mezcla de demente, histrión y genio, sumamente peligroso. Ha conseguido descubrimientos notables en el terreno de las armas físicas y químicas, y su mente desquiciada busca siempre nuevos detalles para culminar una obra dantesca que pueda significar un apocalipsis para los pueblos del mundo. Estamos, por tanto, ante una rara mezcla de doctor Frankenstein, espía, loco aniquilador, mesiánico feroz y farsante enamorado de los ambientes terroríficos propios de otras épocas. De todos modos, Maggie, no lo despreciamos jamás. Sería nuestro peor error.

—Empiezo a pensar como usted, Cliff —admitió ella, muy seria, tomando otro sorbo de cerveza. Miró afuera, estremeciéndose—. Casi me asusta imaginar que ese individuo pueda estar aquí, en Inglaterra, no lejos de nosotros...

—Está. Se lo aseguro. El confidente de cierto servicio de inteligencia que nos informó en Washington, aportó evidencias de ello. No sé cómo, escapó de la vieja finca del Maine donde realizó su último y desconocido experimento, y ha viajado hasta las islas, dispuesto a reanudar aquí su trabajo, lejos de toda sospecha. Tal vez ocupe ahora una apacible granja en el Yorkshire o cosa parecida, no sé. Pero tenga por seguro que nadie, entre sus vecinos, sospechará ahora de él como de un ser tan terriblemente amenazador para las vidas humanas y para la paz mundial.

—Empieza a asustarme usted —manifestó Maggie—. ¿Cómo es, exactamente, su terrible y fantástico doctor Muerte?

—Como todo en él, según nuestro informante secreto. Teatral, falso y grotesco: largas melenas blancas, rostro medio oculto por unas enormes gafas que casi son el remedo de las de Elton John en *Tommy*, pero con cristales oscuros, figura enjuta y achaparrada, larga bata blanca, menos enguantadas, aire ausente... Al menos, así le llegó a ver él en una ocasión. Cosa rara, porque casi nadie le ve nunca.

—Cada vez me recuerda más al fantasma de la ópera o a

cualquier otro monstruo del viejo cine de horror —confesó Maggie, perpleja.

—Pero es un asesino nato. Capaz de dotar de modernas armas destructivas a cualquier país agresor y desencadenar una guerra mundial. Lo demás es pura fachada, obra de una mente que gusta de las truculencias sin sentido. Lo peor es su astucia, su inteligencia científica, sus conocimientos, su audacia criminal...

—Bien. ¿Y por dónde vamos a empezar? —se interesó Maggie, llena de curiosidad, al inclinarse sobre la mesa y mirar a su joven y sorprendente compañero de profesión llegado del otro lado del Atlántico.

—Por lo más simple, mi querida amiga —confesó Darrin con un suspiro—. En Londres está actualmente la esposa de mi hermano Desmond. Ella supo algo de él, poco antes de desaparecer. Y tenemos que verla lo antes posible...

CAPÍTULO III

Jennifer Darrin era una muchacha hermosa, pero amargada.

Miró a su visitante con ojos inmensos y anegados en dolor, que una leve capa de humedad hacían brillar con suave matiz ambarino. Era ciertamente bella. Y muy joven aún. Pero el dolor y la frustración habían marcado para siempre su bonito rostro juvenil.

—Clifford... —murmuró—. ¿Tú en Londres?

—Así es —asintió él, estrechando suavemente las manos de la joven entre las suyas, cálidas y afectuosas—. Es curioso: nos vemos por primera vez siendo cuñados... lejos de nuestro país.

—Y lejos de nuestro nexo común: Desmond —le puntualizó ella, con cierta triste ironía en la voz y en el gesto de su dulce rostro bajo los cabellos dorados.

—Cierto. Sobre todo, lejos de Desmond —suspiró Clifford, resignado.

Ella bajó la mirada, estrujando nerviosa las manos entre sí. Hubo un prolongado silencio que volvió a romper el propio Clifford:

—¿Todo bien en tu vida profesional?

—Sí, Cliff. Al menos en eso, no puedo quejarme. Pero es poco consuelo, ¿no?

—Evidentemente —se frotó el mentón, pensativo—. ¿No has sabido nada nuevo?

—No, nada —los grandes y bellos ojos tristes se clavaron en él—. Pensé que tú sí podías saberlo. Después de todo, tu trabajo puede facilitarte información...

—No hay nada —suspiró Clifford—. Nada de nada. Lo siento.

—Ya. No es que alimentase muchas esperanzas si aparecía. Lo nuestro terminó ya hace tiempo, bien lo sabes. Pero deseo que aparezca vivo, sano y salvo. En el fondo, creo que nunca he dejado de quererlo. Aunque no le haya perdonado del todo.

—Es comprensible. Sé cómo es... o cómo era mi hermano,

Jennifer.

—¿Es cierto lo que me dijeron en Nueva York? Se habló de que había sido capturado por el doctor Muerte...

—Así es. Tenemos todas las evidencias de que eso es lo que ocurrió.

—¿Y qué clase de tipo es el tal doctor?

—No como los que tú tratas en tu trabajo —sonrió amargamente Clifford—. Es un demente peligroso, un psicópata de la ciencia y del odio que detesta a la Humanidad. Pero hay gobiernos tan locos como él que creen en su genialidad para crear armas letales. Lamento decirte que entre esos gobiernos también está el nuestro, mal que nos pese. Los políticos, a la hora de tener bazas para el éxito, no suelen disfrutar de excesivos escrúpulos, querida.

—Lo sé. ¿Qué pudo ocurrirle a Desmond?

—Lo peor, Jennifer. Pero de momento no hay nada que pruebe tal cosa. Simplemente, ha desaparecido. Lo estamos buscando. A él y al doctor Muerte, claro está.

—Has hablado hace poco de los médicos a quienes trato, ¿no es cierto?

Sí, dije algo al respecto. Tú, como enfermera titulada, con un prestigio y una experiencia, conoces a doctores situados dentro de la ley. Ese doctor Muerte es otra cosa. Un monstruo abominable y cruel, una mente inteligente y despiadada como pocas.

—Creo que, en el fondo, también el doctor Gruber tiene algo de todo eso.

—¿El doctor Gruber? —Cliff enarcó las cejas, contemplando a su bella cuñada—. ¿Quién es él?

—Un biólogo de Múnich que actualmente se encuentra en Inglaterra. Es con él con quien mi jefe actual, el doctor Senkovitch se reúne de una forma algo... digamos secreta, en esta ciudad.

—¿Secreta?

—Sí, eso es. Se me ha recomendado máxima discreción, no revelar a nadie la naturaleza real del viaje de mi jefe a Inglaterra, para verse con Gruber. Eso me extrañó desde el principio. Y averigüé algunas cosas sobre el tal Gruber.

—¿Qué cosas? —comenzó a interesarse Clifford.

—Bueno, parece que es un biólogo de gran categoría, pero que ciertos experimentos suyos rozaron lo prohibido y ha tenido

problemas con el Colegio Médico de Alemania Federal y con las autoridades de Baviera a causa de tales actividades. Al parecer, salvó finalmente su título y evitó la expulsión, pero los dirigentes sanitarios alemanes siguen desconfiando de su compatriota.

—Entiendo. ¿Sabes algo de las prácticas que causaron los problemas al doctor Gruber con sus superiores de Sanidad?

—No. No he logrado averiguar nada al respecto.

—Háblame ahora de tu actual jefe. ¿Quién es ese doctor Senkovitch que mencionaste? No parece americano...

—No lo es. En realidad es apátrida. Evadido de un país del Este hace algún tiempo. Pero ejerce la medicina en los Estados Unidos, como refugiado político. Es un médico notable. Creo que intentan convencerle para que adopte la nacionalidad norteamericana, pero él no está del todo decidido a ello.

—¿Cuál es su especialidad?

—Una nueva rama de la medicina, basada en la genética y los componentes bioquímicos del ser humano, así como en su hipotética programación psíquica cuando nace, que le convierte en propenso a ciertas dolencias y también a ciertos métodos de tratamiento, curación e incluso prevención posible de los males futuros. El doctor Gruber parece interesado en sus experiencias. Y él, a su vez, parece que admira al doctor Ulrich Gruber con auténtica devoción.

—Entiendo. ¿Tú jefe se ausenta con frecuencia de su consulta en los Estados Unidos?

—Sí, con mucha frecuencia, durante períodos variables de tiempo que son de días o de semanas —pestañeó, mirando con curiosidad a su cuñado—. ¿Por qué preguntas eso, Clifford?

—Por nada —suspiró el joven agente de la CIA—. Quería saber si tu jefe podría ser, de alguna forma, un candidato al título de doctor Muerte.

—¿El doctor Senkovitch el doctor Muerte? —Ella mostró una sombra de estupefacción en su bonito rostro—. Cielos, no es posible que pienses algo así, Cliff...

—¿Por qué no? Es obvio que el doctor Muerte es un bioquímico de gran categoría, entre otras muchas cosas. Y tenemos informes fidedignos que nos hacen creer que en estos momentos, él se encuentra aquí, en Londres. Tu jefe, el apátrida doctor Senkovitch, e

incluso su colega bávaro, el casi clandestino doctor Ulrich Gruber... podrían perfectamente encajar en la persona siniestra de nuestro tristemente célebre doctor Muerte. ¿Sabes si el doctor Gruber ejerce su profesión en algún centro médico concreto?

—Por supuesto. Uno propio, privado, que posee en las inmediaciones de Múnich —asintió ella—. He oído hablar de él a mi jefe. Un centro médico de primera fila, para clientes millonarios, entre la capital bávara y el castillo de Luis II de Baviera, en uno de los parajes más bellos y agrestes de la región.

—¿Y tú jefe? ¿Dónde ejerce cuando estáis en los Estados Unidos?

—En el Centro Médico de la Fundación Carmody. Un centro para investigación biomédica y para prevención y tratamiento de: enfermedades de posible cariz genético, en las proximidades de Albany, en el Estado de Nueva York.

—Entiendo. ¿Quién rige la Fundación Carmody?

—El propio Wallace Carmody, hijo de su fundador, Hamilton Carmody, el magnate y filántropo fallecido hace pocos años en un accidente aéreo. Es un gran amigo y protector personal del doctor Senkovitch, y admirador de Sus investigaciones. ¿A qué vienen todas esas preguntas, Cliff?

—Siento estar haciendo este interrogatorio, Jennifer, pero veo motivos sobrados para ello en lo que me has dicho antes acerca del doctor Gruber.

—¿Sospechas que pueda existir alguna posible relación entre ellos y ese doctor Muerte, realmente en serio? —Había duda ostensible en su tono.

—¿Por qué no? Raptaron a mi hermano Desmond. No sabemos por qué lo eligieron precisamente a él. Al doctor Muerte le divierte usar a los seres humanos como cobayas, tenemos información muy concreta en ese sentido, de un agente nuestro en Moscú.

—Dios mío... —Se estremeció ella, cerrando levemente sus ojos.

—No, los rusos no tienen ahora a ese siniestro ser en sus nóminas. Se asustaron de él tanto como nuestros compatriotas. Jennifer, y no quisieron nada con él. Pero puede estar sirviendo a cualquier otro amo rico: terroristas de uno u otro signo, potencias que buscan en la sombra un arma letal y poderosa... Cómo te decía, tiene que haber alguna razón por la que eligiera a Desmond como víctima propiciatoria. Tal vez le vigilaba de cerca, acaso le vio

aproximarse a ti de alguna forma, y le siguió hasta capturarlo... ¿Habías visto recientemente a Desmond?

—Un par de veces en los últimos seis meses —confesó ella, con una leve contracción en sus dulces facciones, que revelaban el sentimiento de dolor que le producía hablar de su exmarido—. Quería reconciliarse conmigo. Inicialmente lo rechacé de plano. Luego, llegué a casi conmovirme, a creer en él... Fue la segunda entrevista, en la cafetería del Centro Médico... Ya sabes cómo ha sido siempre tu hermano. Se hace querer, es persuasivo y adorable... pero falso y voluble como si no sintiera nada especial por nadie. Fui una tonta en confiar en sus palabras encendidas y patéticas. Cedí. O estuve a punto de hacerlo, mejor dicho. Le concerté una tercera cita para darle mi respuesta definitiva. Debo confesarte que ésta iba a ser afirmativa. Volvería con él, olvidaría sus pasados errores. Y entonces investigué en su vida... Supe que le había dejado una rica caprichosa y estaba en problemas económicos serios, al fallarle otra de sus amantes. Unos mafiosos le reclamaban unas deudas importantes. El reconciliarse conmigo le significaba tener acceso a mis ahorros de varios años. Había hecho averiguaciones él por su cuenta, a espaldas mías, y contaba ya con mi dinero para pagar esas deudas y salvarse de represalias de la Mafia. Sentí una ira profunda, lloré... y esperé a verle para decirle cuatro verdades. Nunca he vuelto a verle, Clifford. No volvió. No apareció el día convenido. Y luego supe... que había sido secuestrado por gente del doctor Muerte. Que una tarjeta de ese monstruo había aparecido en su vivienda vacía... e incluso la Mafia renunciaba ya a buscarle para saldar la deuda.

—Desmond siempre fue una cabeza loca —suspiró Clifford, afirmando resignado—. Pero esta vez todo le salió mal.

Jennifer, es importante lo que te voy a preguntar: ¿sabes si habló con alguien más durante su estancia en el centro médico?

—Que yo sepa, no. Bueno, espera —se apresuró a rectificar ella—. Recuerdo que, mientras almorzábamos juntos en la cafetería, le presenté a mi jefe, el doctor Senkovitch...

—¿Él y Senkovitch se conocieron personalmente? —El tono de Clifford se agudizó, tornándose cauto y expectante.

—Sí —la mirada de la joven se fijó en su cuñado—. Pero fue apenas un saludo cruzado entre ambos. Mi jefe no mostró particular

interés por Desmond...

—Si Senkovitch es el doctor Muerte, es justamente la forma en que se comportaría con la persona a quien, tácitamente, eligiera como futura víctima de sus experiencias.

—Dios mío, me asustas... —Tembló la joven—. Me va a dar horror volver al lado del doctor...

—No debe dártelo. Es sólo una posibilidad, nada sólido ni cierto. Puedo estar en un error, tratarse de simples casualidades... Sea como sea, conviene que te comportes de un modo normal, correcto, sin revelar emoción alguna, y menos aún temor. Si él fuese nuestro hombre, eso le pondría de inmediato en guardia y podría ser incluso peligroso para ti. Prométeme que seguirás actuando con total normalidad, y que sólo si algo raro adviertes, me avisarías de inmediato.

—Sí, Cliff, te lo prometo —musitó ella, tras una vacilación, no demasiado convencida en apariencia de estar obrando con sensatez.

—Buena chica —aprobó Clifford—. Voy a darte un par de teléfonos muy importantes. Uno, es el mío en Londres mientras estoy aquí. El otro... es una central nuestra, desde donde te enviarían auxilio sin pérdida de tiempo, en caso de apuro. Te bastaría citar mi nombre y añadirle la cifra 225. Es todo.

—Dos, dos, cinco —repitió ella, asintiendo y recogiendo la tarjeta de manos de su cuñado—. De acuerdo, Cliff. Esto me tranquiliza un poco.

—Seguramente todo serán simples suposiciones, sin más. Pero conviene estar prevenido para cualquier eventualidad —le aseguró él, sonriente, dándole ánimos con una firme presión de su mano en el hombro—. Ahora, debo irme. Había venido para hablar contigo solamente de Desmond... y mira por dónde me has situado sobre dos posibles pistas hacia el doctor Muerte en persona. Volveré a verte mañana, si no te importa. ¿Podríamos almorzar juntos?

—Claro. Pediré permiso al doctor Senkovitch. No habrá inconveniente, estoy segura. Permaneceremos aquí una semana. Hasta mañana, Cliff.

—Hasta mañana, Jennifer.

Se despidieron con un beso en la mejilla. El agente de la CIA abandonó el hotel londinense donde se alojaba Jennifer Darrin con su jefe, el doctor Ilya Senkovitch.

Abajo le esperaba el automóvil que la CIA había puesto a su disposición apenas llegado a Londres. Era un vehículo aparentemente normal, un moderno modelo de la British Leyland, pero en su interior poseía algunos sofisticados elementos para su trabajo, como un detector de posibles explosivos de cualquier tipo, que actuaba automáticamente unos segundos antes del encendido del motor, bloqueando todo posible riesgo de voladura, una emisora de onda especial para conectar con la central de la CIA en Gran Bretaña o en el Continente, y otros sofisticados métodos de protección y autodefensa, así como de permanente contacto con sus camaradas de la central de inteligencia.

Apenas puso en marcha el vehículo, conectó la emisora, informando sobre los doctores Senkovitch y Gruber, y solicitando datos concretos sobre ambos, así como acerca del millonario Wallace Carmody, de Nueva York. Se le dijo que de inmediato se solicitaría esa información a la central de Washington, al banco de datos de las mismas. Luego, a su vez, el centro emisor inglés le dio una información de urgencia:

—Esta mañana, a primera hora, ha aparecido en el Támesis el cuerpo sin vida de Yosef Ben Hamid, agente especial de la inteligencia palestina, que había tenido relaciones directas y personales, hace más de un año, con el doctor Muerte, a quien conocía por tanto en persona. Confiábamos en obtener del agente palestino información adecuada, pero su muerte nos cierra toda posibilidad en esos sentido. En los bolsillos del cadáver fue hallada una tarjeta de visita en materia plástica, donde figura solamente un nombre: «Doctor Muerte».

—Otro crimen de ese canalla... —jadeó Cliff, palideciendo, y frenando casi a viva fuerza ante un semáforo en rojo, bajo la mirada de advertencia y reproche de un severo *policeman*. Preguntó de inmediato a su comunicante de la emisora—: ¿Cómo fue muerto el palestino?

—De un modo raro, muy especial... El forense afirma que el difunto tenía su sangre convertida virtualmente en veneno puro... como si le hubieran inoculado litros de ponzoña mortal. Pero también había muerto abrasado por una extraña radiación de naturaleza no nuclear... Los informes, por ahora, son confusos. Seguiremos informando.

—Está bien. Llamaré más tarde...

—Un momento —le interrumpió el comunicante—. Llega una última noticia de máxima urgencia para todos nuestros agentes en el Continente.

—Adelante —invitó Cliff, poniendo de nuevo en marcha el vehículo, seguido por la mirada recelosa del agente de policía de tráfico londinense—. Será mala, imagino...

—De lo peor —corroboró el comunicante—. Es un mensaje urgente llegado de París. En el Sena ha sido hallado hace solo un par de horas un hombre sin vida. Su aparente muerte dicen que parece producida por envenenamiento masivo en la sangre... y por horrendas quemaduras de tipo radiactivo no identificado.

—Cielos, no. ¿Ahora en París? —jadeó Clifford, perplejo, reduciendo la marcha tras una furgoneta que acababa de salir de una calle lateral, para situarse justo ante él, rodando hacia Piccadilly en medio del tráfico denso de Oxford Street—. ¿Se sabe quién era él?

—Sí. Un agente secreto de Israel, Irwin Sharon. Los informes de mi computadora indican que también conoció de modo personal al doctor Muerte. Y, por supuesto, llevaba sobre sí, en sus ropas, otra tarjeta de plástico, con el nombre del fatídico personaje, como el palestino del Támesis...

—Extraña serie de acontecimientos —murmuró Cliff, sacudiendo la cabeza, absorto—. Un muerto palestino en Londres, un judío en París... Y ambos muertos del mismo extraño modo, con la firma del doctor Muerte sobre sí... Yo dirías que los hechos no tienen mucho sentido.

—Criterio compartido —admitió el que hablara por la radio—. Corto.

Clifford también cortó.

Y en ese preciso momento, de la furgoneta situada ante él desde poco antes, surgió la muerte violenta para golpearle.

CAPÍTULO IV

Sucedió poco antes de llegar a otro semáforo.

Las puertas de la furgoneta se abrieron repentinamente, vomitando una serie de llamaradas violentas, que alcanzaron el parabrisas del coche de Clifford, cubriéndolo totalmente de grietas y escarchando los vidrios, pulverizados por los impactos de bala.

Por fortuna para el joven agente de la CIA, los sistemas de seguridad del poderoso coche entraron en acción apenas se inició el atentado contra su persona. Con centelleante celeridad, una plancha blindada emergió ante él, cerrándole la visión del exterior, y un control automático del motor frenó a éste para evitar cualquier posible impacto con otros vehículos. Las balas fueron a estrellarse sobre la plancha que cegaba el parabrisas en ese momento, y que había impedido que incluso la primera bala llegase a herir al conductor. El sistema de seguridad actuaba por medio de un hipersensible mecanismo puesto en funcionamiento vertiginoso cuando un proyectil o un fogonazo brotaban de un arma de fuego situada a distancia peligrosa para la integridad de sus ocupantes.

Pero Cliff, mientras se agazapaba dentro del coche, notando por detrás el choque de otro vehículo con la parte trasera de su automóvil, se preguntaba de qué diablos podían estar hechos los proyectiles para pulverizar así un parabrisas... que era blindado por sí mismo.

Fuera, seguía trepidando el arma que barría a balazos el coche, en medio del terror y confusión de los peatones y restantes automovilistas, convirtiendo Oxford Street en un caos total y alucinante. Cliff pulsó un botón, y se abrió una mirilla especial, perfectamente protegida, en un lateral de la parte frontal del coche. Por allí pudo ver a la furgoneta agresora, mientras desenfundaba una automática con silenciador, para repeler el ataque.

El vehículo aceleraba ahora la marcha, pero pudo descubrir que,

tras las puertas traseras, recién abiertas, dos encapuchados manipulaban una especie de subfusiles o metralletas de singular diseño, nada conocido por Cliff, pese a ser un experto en armas modernas de todo tipo.

Los subfusiles vomitaban ráfagas de proyectiles sobre el coche del agente de la CIA, que ahora no hacían sino batir y rebotar sobre la carrocería blindada y la plancha super blindada que protegía el parabrisas blindado en caso de máxima emergencia, como aquél.

Cliff apuntó con Su arma desde la atalaya angosta que le permitía repeler el ataque sin arriesgar su propia integridad personal. Disparó varias veces sobre los encapuchados. Como ya esperaba, los disparos resultaron baldíos. Las balas alcanzaron de lleno sus cuerpos, haciendo impacto en ellos, pero sin acusar eficacia alguna.

—Van protegidos por chalecos antibalas —masculló Cliff entre dientes—. Todos esos rufianes saben protegerse bien... Veremos si sus cabezas también están a salvo, malditos asesinos...

Apuntó más alto y disparó sobre uno de ellos. El encapuchado se encogió, soltando el arma. Se bamboleó, cayendo hacia adelante, con un boquete en su caperuza y la sangre enrojeciendo la negra tela de la máscara. Su compañero se apresuró a acurrucarse, tras una puerta oscilante, haciendo fuego sobre el coche batiente de la furgoneta, y un momento después, ésta desaparecía en una esquina, con velos y temeraria maniobra, subiéndose a la acera y arrollando a algunos peatones, entre gritos de terror y sobresalto. Algunos *policemen*, desarmados como es tradicional en Inglaterra, hacían sonar sus silbatos agudamente.

Darrin juró entre dientes, abriendo la portezuela y saltando fuera, al asfalto callejero, para correr hacia la esquina, en un esfuerzo supremo por alcanzar a otro de los encapuchados con sus balas. Pero ya la furgoneta se perdía en otra esquina, y sólo alcanzó a ver cómo caía fuera de ella el cuerpo sin vida del otro enmascarado alcanzado por su bala, rebotando sordamente en la calzada.

Clifford corrió hacia él, pistola en mano, y se inclinó sobre el caído, arrancándole la caperuza, mientras varios policías corrían ya hacia el lugar desde diversos puntos.

No le era en absoluto conocido el individuo muerto. La bala le

había perforado el cráneo casualmente, pues un casquete de metal protegía su cabeza por encima del lugar donde penetrara el proyectil, entre ambas cejas casi. De haber disparado más alto, la bala tampoco hubiera resultado eficaz.

Era un hombre rubio, joven y pálido, de ojos azules, ahora dilatados y vidriosos. Clifford se preguntó si sería solamente un asalariado, un hombre profesional del crimen, o agente de alguna potencia. Pero no parecía ser uno de los habituales esbirros del doctor Muerte, aunque nunca era posible con aquel individuo afirmar nada.

—Lo cierto es que me vigilaban y me preparaban ya su emboscada mortal —farfulló Darrin, ceñudo, incorporándose—. De no ser porque ese coche estaba preparado para cualquier contingencia, ahora sería yo quien estaría muerto...

Los policías llegaron a su altura, rodeándole precavidos, mientras dos de ellos examinaban el cuerpo sin vida. Clifford mostró a los agentes una credencial que el gobierno norteamericano le entregara para situaciones difíciles en el extranjero, mediante la cual demostraba ser miembro de los servicios de seguridad de Washington, pero sin relacionarle directamente con la CIA en modo alguno.

—Aún así, señor Darrin, tendrá que acompañarnos a Scotland Yard a explicar lo sucedido —le dijo el agente que mostraba mayor autoridad que los demás, y un galón en la bocamanga del uniforme.

—Desde luego —afirmó Clifford obediente—. Estoy a su disposición, caballeros.

—De modo que intentaron asesinarle:...

—Así es. Y eso, apenas llegado a su hermoso país, Maggie.

—Debe ser un personaje muy conocido en ciertos ambientes para verse tan pronto en problemas —sonrió ella, algo irónica.

—Pues lo cierto es que no lo sabía. Imaginaba que mi llegada a Londres era aún un riguroso incógnito. Sus compatriotas del hampa deben ser sumamente astutos, o alguien les informa demasiado bien.

—¿Está sugiriendo que puede haber *topos* en los servicios de inteligencia británicos? —protestó ella, más que preguntó, con aire vivamente ofendido.

—No, líbreme Dios de semejante idea —rió Clifford de buen

humor—. Aún no conozco demasiado bien a sus colegas como para acusarles de algo tan grave. Además, sólo he tratado con usted por ahora, y no creo que sea una imprudente ni una traidora.

—Cree bien —había un tono de airado reproche y enfado en el tono de ella—. También entraría en lo posible que uno mismo de sus colegas, allá en los Estados Unidos, fuese un informante clandestino del enemigo...

—Esa posibilidad siempre existe en todos los servicios secretos —aceptó Cliff, encogiéndose de hombros—. Pero recuerde que no estamos luchando contra ningún país o potencia enemiga en concreto, sino que nuestro enemigo es un solo hombre: el doctor Muerte.

—Pero un palestino y un judío han sido asesinados en Londres y París, respectivamente, en las últimas horas. Eso, en los tiempos actuales que corren por Oriente Medio, puede ser muy grave e implicar a varias potencias. No sé si en

Tel-Aviv

o en las bases de Al Fatah se creerán la historia de que sus agentes fueron víctimas del doctor Muerte, sin que una mano asesina se moviera tras ese nombre para acabar con su agente. Cada cual culpará al otro bando del asesinato. Y eso es peligroso para la paz en Oriente Medio.

—Lo sé. Es posible que ahora el doctor Muerte esté trabajando para una nueva potencia, interesada en liar a palestinos y judíos en un nuevo enfrentamiento feroz, pero ni siquiera tengo la total seguridad de que el doctor Muerte haya sido el culpable de esos dos crímenes.

—¿Qué quiere decir? —se asombró ella, enarcando las cejas, y dejando a un lado la carta de menús que estaba consultando.

Darrin esperó a que el untuoso camarero de aquel elegante restaurante de la City londinense anotara sus pedidos para la cena, y luego explicó confidencialmente, inclinándose hacia su compañera de mesa:

—Verá, Maggie, ni siquiera el doctor Muerte puede estar al mismo tiempo en dos sitios diferentes a la vez. Según los últimos informes del forense, el agente palestino asesinado en Londres lo fue casi simultáneamente al judío en París. La diferencia horaria entre ambas muertes hace imposible que su asesino se desplazase,

ni tan siquiera en avión, para cometer los dos delitos. Creo que no sobrepasan de veinte a treinta minutos la diferencia entre una muerte y otra.

—Pudieron ser los esbirros de ese hombre, como los que intentaron matarle a usted hoy en Oxford Street...

—No. La forma de morir esos hombres es peculiar, extraña. Una forma de matar inquietante y nueva obra en poder de ese monstruo. No la permitiría usar a nadie que no fuera él mismo, Maggie.

—Pero entonces... ¿cómo mató a los dos agentes a la vez?

—No lo sé. Y eso es lo que me intriga —hizo otro alto, mientras el camarero servía un vino blanco para el primer plato, de pescado, para añadir, cuando hubieron descorchado la botella y servido el dorado líquido en ambas copas—: En ambos casos, tenemos que las víctimas conocían personalmente al doctor Muerte, por haber trabajado éste, en distintas ocasiones, para el terrorismo palestino y el sionista. Y ahora, los dos están muertos. ¿Los mataron para que no pueda ser identificado en modo alguno al doctor Muerte? ¿O alguien que odia lo suficiente al doctor, está utilizando su nombre para matar a quienes colaboraron con él de forma directa?

Maggie McCoy enarcó más aún sus cejas, pasmada. Tomó un sorbo de vino y miró pensativa a su acompañante.

—¿Adónde trata de ir a parar? —indagó ella.

—Le confieso que lo ignoro —declaró él con franqueza—. Pero algo no encaja en todo esto. Por vez primera, no entiendo lo que sucede. De algo estoy convencido: el doctor asesino trabaja ahora para alguna potencia concreta. Y esa potencia me envió a sus asesinos para eliminarse limpiamente en pleno corazón de Londres. No creo que al doctor le interese que sus antiguos aliados o colaboradores mueran violentamente. Eso podría obligar a muchos servicios de inteligencia a prescindir de los servicios de tan peligroso personaje.

—Pero usted mismo ha dicho que el asesino no pudo estar, a la vez, en los escenarios de los dos asesinatos con tiempo suficiente para cometerlos —sugirió ella, interrumpiéndose de nuevo la conversación cuando la bandeja conteniendo unos deliciosos filetes de lenguado *menière* a la naranja fue depositada en medio de la mesa y se les sirvieron las doradas piezas de pescado con su salsa de mantequilla y suave *orange*.

—Eso es bien cierto... a menos que el doctor Muerte haya asesinado al agente palestino Yosef Ben Hamid en esta ciudad, bien ajeno a que en aproximado momento, un criminal distinto usaba su misma arma letal, mezcla de veneno y radiaciones, para matar a un agente judío llamado Irwin Sharon en París.

—Pero la tarjeta del doctor Muerte apareció en ambos casos en el bolsillo de sus víctimas. ¿A qué atribuye eso, aparte la rara casualidad de que coincidan ambas muertes en el tiempo y en la propia identidad y nacionalidad contrapuesta de sus víctimas?

—Eso es lo que me deja perplejo, lo admito. Es como... como si, a distancia, otro criminal, poseedor de la nueva y terrorífica arma mortal creada por ese genio demente, hubiese *sabido* que estaban matando a un agente palestino en Londres... y él, en París, decidiera simultáneamente matar a un agente judío, como respuesta o réplica al doctor Muerte, cuya tarjeta utilizaría más como advertencia a este que como firma del delito.

—Esa teoría no tiene mucho sentido —declaró, escéptica, la joven, saboreando el pescado con deleite.

—Lo sé. Nada tiene sentido. A menos que el doctor Muerte tenga un enemigo mortal en alguna parte, capaz de *saber a distancia* lo que planea él... y replicarle con sus mismas armas, como una severa advertencia.

—Saber a distancia —repitió ella, confusa—. Eso suena a telepatía o cosa parecida...

—Telepatía... Sí, es la palabra. Un enemigo capaz de matar igual que lo hace el doctor Muerte, y poseedor de facultades telepáticas, podría ser un adversario muy a tener en cuenta incluso por ese loco asesino...

—Creo que estamos rebasando los límites de nuestro trabajo para metemos por caminos de auténtica ciencia ficción, Cliff.

—Hoy en día, la vida toda es ciencia ficción —rió Clifford—. Cuando hoy me salvó la vida un ingenio electrónico, empecé a pensar que estamos trabajando con métodos y procedimientos deshumanizados pero terriblemente efectivos. Ahí tiene, por ejemplo, las armas usadas por mis agresores de Oxford Street. Eran subfusiles de nuevo diseño. Pero lo más sorprendente eran sus proyectiles: balas de gran poder penetrante, capaces de triturar unos cristales blindados como si fuesen porcelana fina. Son

proyectiles de nuevo diseño y carga explosiva especial. Contra ellos, no sirven ni los chalecos salvavidas convencionales, ni tan siquiera chapas normales de acero. ¿Eso no es también ciencia ficción, Maggie?

—Tal vez tenga razón. ¿Saben la nacionalidad de esa gente?

—No, en absoluto. Scotland Yard no pudo identificar al asesino muerto. Parece ser un eslavo de raza blanca, pero eso es todo. Posiblemente su nacionalidad e identidad tampoco nos digan nada. Serán simples asalariados, mercenarios bien pagados para matar, y nada más. Pero sea quien sea el que les paga a ellos y al doctor Muerte ahora, le estorba mi presencia en Londres. Y se han precipitado, intentando deshacerse de mí.

—Antes me habló del jefe de su cuñada, ese tal doctor Senkovitch. ¿Cree que él podría ser el doctor Muerte?

—¿Por qué no? Él, o su colega de Múnich, el doctor Gruber. O quizás ninguno de los dos. Pero es una posibilidad y voy a tantearla. Jennifer me ayudará en ello.

—Jennifer... Es muy hermosa, creo.

—Mucho. Pero el sufrimiento le ha hecho perder algo de lozanía...

—¿Le gusta a usted?

—Maggie, ella es mi cuñada, no mi novia —replicó él, algo seco. Sonrió, limpiando sus labios con la servilleta, y añadió, más volublemente—: Pero olvidemos todos esos temas ahora, Maggie. Ésta es una cena de dos buenos amigos reunidos en una ciudad donde se puede comer maravillosamente bien, digan lo que digan los anglófobos, como demuestra este excelente lenguado y lo probará luego, sin duda, el exquisito filete con salsa y champiñones... Hablemos de nosotros, Maggie. Y de temas triviales. Al menos por el momento, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —asintió Maggie.

Y sonrió, tomando un sorbo de su copa de vino, sin quererle indicar a Clifford que veía hartos sospechosos el afán actual de su compañero de desviar el tema de conversación, justamente cuando habían mencionado a una hermosa política, harta bella y desdichada...

Sergei Ivanov era el hombre a quien rara vez gustaba volver atrás la mirada y evocar pasajes de su vida profesional, al servicio

de la KGB, ya fuesen dignos de recuerdo o no, honestos o inmorales.

Como uno de los principales miembros de los sofisticados y sólidos servicios de inteligencia de la URSS, su posición en el *bureau* político del Kremlin era todo lo monolítica y segura que las veleidades de los políticos en el poder permitían serlo a un hombre eficaz, astuto, frío y capacitado, dentro de la tradicional e implacable máquina burocrática de Moscú. Pero no era casual su ascenso a cargos de relevancia, y había sabido ganarse esa confianza de sus superiores a costa de sacrificios, éxitos en todos los terrenos y una dedicación absoluta, sería y leal.

En esta ocasión, Sergei Ivanov estaba lo bastante preocupado como para echar la vista atrás y evocar su pasado al servicio de los altos intereses del Estado, como rama de la todopoderosa, inflexible y demoledora máquina de seguridad de la KGB moscovita.

No le gustaba haber tenido relación directa con un hombre, en particular. Si es que se le podía calificar simplemente como «hombre» a una especie de terrible máquina humana de odio, astucia, capacidad creadora y destructiva, como el personaje tenebroso conocido en todos los archivos de inteligencia del mundo con el nombre truculento pero bien justificado de doctor Muerte.

No le gustó nunca el doctor Muerte. Por fortuna, su relación con tan extraño y tétrico personaje había sido breve. Incluso el Kremlin tuvo miedo de él, a pesar de que gracias a sus servicios y a los millones de rublos del Tesoro del Kremlin, los militares soviéticos disponían de un arma ofensiva de gran poder, que en caso de guerra total sería de enorme utilidad a la nación rusa. Sin embargo, aun pese a tal éxito, se sentía insatisfecho de haber tenido relación con aquel histriónico, a la vez ridículo y temible personaje de melena blanca, enormes gafas de concha con vidrios gruesos color caramelo y figura furtiva y encorvada.

Ahora, desagradablemente para él, se veía obligado a recordarle. Y a pensar en muchas otras cosas.

Por vez primera en su vida, Sergei Ivanov no solamente estaba preocupado: tenía miedo.

Miedo a un simple recuerdo. Miedo al doctor Muerte.

Eso, en una persona como él, resultaba insólito. Jamás había tenido no sólo miedo a nada, sino ni tan siquiera aprensión. Y ahora...

Respiró hondo, consultando su reloj con cierta impaciencia. Estaba deseando tomar aquel vuelo con destino a Moscú, en viaje de regreso. Al menos allí, tal vez se sentiría más seguro. Mientras permaneciese en Occidente, sin las rígidas medidas de seguridad del sistema soviético, se sentiría en peligro, vendido, amenazado.

Y eso era lo raro. La sensación de amenaza.

Era un sentimiento nuevo en él. Sergei Ivanov había sido una amenaza para los demás. Su poder, su implacable rigor como profesional de inteligencia al servicio de una idea que consideraba intocable y sagrada, habían aterrorizado a muchos.

Ahora, el aterrorizado en aquel aeropuerto lleno de luces y de gente, era él. En la pista, un reactor de la Aeroflot soviética estaba a punto de despegar, apenas cumplidos los trámites aduaneros, para conducirlo desde Frankfurt a la Unión Soviética. Su documentación le presentaba como un inofensivo y eficiente miembro de una entidad industrial soviética, dependiente del Estado, pero eso era todo. Nadie podía imaginar en la persona de aquel hombre fornido, envuelto en abrigo de astrakán, a un hombre clave de la enigmática y temida KGB.

No obstante, era él quien temía a una sombra, a una amenaza inconcreta, situada en alguna parte. Su fino instinto profesional de espía, le decía que *muy cerca* de él en estos momentos.

La primera noticia al respecto había sido aquella extraña llamada telefónica. La voz ronca, susurrante, entre dramática y apacible, anunciándole con frialdad que al propio y frío Ivanov aterró, algo tan breve, siniestro y ominoso:

—Ivanov, tuviste relación personal con el doctor Muerte. Ésa es tu sentencia. Vas a morir. No importa lo que hagas. Te quedan pocas horas de vida.

Habían colgado sin añadir más. Y aun pensando que todo podía ser una broma de mal gusto o una maniobra de algún agente enemigo, Ivanov tuvo miedo. Como seguía teniéndolo ahora, varias horas después, a punto de pasar con su carta de embarque a la pista donde el avión de Aeroflot esperaba el despegue.

Sin embargo, alrededor suyo no parecía existir el menor motivo para sentir ese irreflexivo miedo. La gente que ocupaba la sala de espera y el acceso a la pista, era de lo más normal, como la que podía hallarse en cualquier aeropuerto, a cualquier hora. Pero

Ivanov sabía por experiencia propia que en la más rutinaria normalidad podía encontrarse el brazo negro de la muerte. El mismo era un personaje aparentemente anodino, un hombre como cualquier otro. Y, sin embargo, había tenido que matar más de una vez, con refinada astucia, cumpliendo órdenes de sus superiores, como cualquier agente de los servicios de inteligencia de todo el mundo.

No obstante, esta vez parecía ser otra clase de peligro, menos concreto, más indefinible y siniestro, el que tanto preocupaba y atemorizaba al hombre de la KGB. Un peligro que podía surgir en cualquier instante y abatirse sobre él de modo implacable. Conocía demasiado bien al doctor Muerte y sus habilidades en el terreno de la destrucción para no saber lo poco corriente, lo insólitamente terrible que podía ser la forma de morir cuando él se hallaba por medio en el asunto.

A medida que se aproximaba al funcionario que había de recogerle la tarjeta de embarque, sabía que sus posibilidades de eludir el peligro aumentaban, que la amenaza podía quedar definitivamente atrás en cuanto pisara el avión de su país y se iniciase el vuelo hacia Moscú.

Pero era aquel trecho, aquellos minutos que aún faltaban, lo que realmente le agobiaba, causándole una gran preocupación y un temor latente.

Entregó la tarjeta de embarque. Se le permitió el acceso a la pista, con los restantes viajeros, todos ellos rusos, salvo un par de turistas que iban a visitar su país. Respiró con profundo alivio al pisar el cemento de la pista, en dirección al reactor soviético cuyas luces brillaban allá en la distancia.

—Creo que voy a conseguirlo —musitó para sí—. He sido un estúpido al tener tanto miedo. Sólo era una bravata de algún estúpido. Estoy virtualmente a salvo...

Cerca de él, una vagoneta portando un montón de maletas y bultos en dirección al aparato, iba a cruzarse con él. La conducía un hombre de uniforme, con mono azul y gorra de visera, como es habitual en esos casos. Ivanov no le concedió al vehículo y a su conductor mayor atención que la de una ojeada distraída e indiferente, antes de detenerse el tiempo justo para permitir el paso de la vagoneta cargada.

Ése fue su error.

Un error imperdonable en un hombre de su talla. Porque, además, sería el último que cometiera en su vida.

Cuando el vehículo cargado de valijas estuvo justamente ante él, se paró en seco, con un chirrido de ruedas en el pavimento de la pista. Ivanov vaciló, imaginando un frenazo casual o un topetazo imprevisto. No era nada de eso.

El hombre del mono azul y la gorra de visera, se inclinó hacia él desde su emplazamiento en la parte delantera de la vagoneta. Asombrado, Ivanov vio venir hacia él unas manos demasiado grandes, de piel tirante, como hinchada, de un extraño tono fosforescente, amarillo-dorado...

Las manos le tocaron el rostro, la cabeza, como pretendiendo palparle cabellos y facciones. Ese contacto duró solamente un segundo, porque Ivanov se echó hacia atrás de modo instintivo al sentir el roce de aquellas manos.

Un terrible alarido escapó de sus labios. Algunos viajeros que volvieron la cabeza, atraídos por su grito de agonía y de dolor, contemplaron asombrados cómo el soviético se agitaba, en medio de un extraño resplandor, un halo luminoso que parecía brotar de todo su cuerpo, como una fantástica energía liberada, y daba una serie de respingos o sacudidas, zapateando en el aire casi grotescamente, antes de caer de espaldas, rígido e inmóvil, encima de la pista.

El vehículo de los equipajes siguió adelante, conducido rápidamente por su portador. Las escasas personas que presenciaron los hechos, estaban demasiado asombradas y presas de la desorientación como para tomar alguna decisión al respecto y evitar el alejamiento de la vagoneta cargada de maletas en medio de las pistas de aterrizaje. Además, tal vez ninguno de ellos, en principio, atribuyó aquellos raros fenómenos a responsabilidad directa de un vehículo puramente manual, que carecía de toda clase de corriente o impulso eléctrico para moverse por las pistas.

Instintivamente, un par de viajeros corrieron hacia donde cayera Sergei Ivanov, y sus ojos dilatados contemplaron la más horrible y sorprendente escena imaginable.

El hombre yacía de espaldas, sobre el asfalto, con sus ojos clavados en el cielo negro de la noche. Pero aquel rostro era algo

espantoso, inimaginable. Todo él negruzco, desfigurado e hinchado, con los ojos vidriosos y desorbitados, la boca convulsa, en una atroz mueca de terror y agonía, y la lengua hinchada y oscura, asomando por los labios contraídos.

Evidentemente, estaba muerto. Pero daba la extraña impresión de haber muerto carbonizado, pese a que no había red alguna de alta tensión cerca, ni mecanismo eléctrico capaz de producir una descarga semejante.

Pero cuando un médico del aeropuerto, requerido por los responsables de aviación civil en las instalaciones, atendió al caído, su comentario dejó perplejos a muchos:

—Es increíble —comentó—. Este hombre parece haber muerto, a la vez, electrocutado por una descarga de alto voltaje... y por la acción de un veneno masivo inoculado en sus venas...

Luego, los ojos del médico se fijaron con extrañeza en una tarjeta de plástico, adherida al gabán del hombre muerto, donde se leían solamente dos palabras: *Doctor Muerte*.

CAPÍTULO V

Era un recinto amplio y confortable.

También era un lugar sumamente oculto, aunque se hallase en pleno corazón de Londres. Muy cerca discurría el cauce del Támesis, se escuchaba el paso de las barcazas, cuyas sirenas ululaban de vez en cuando, si bien en la actualidad la existencia de niebla en la capital británica era virtualmente nula, salvo en días de mucha humedad y de un exceso de contaminación atmosférica, que pudiese anular en cierto modo las severas medidas oficiales que habían convertido a la capital de la bruma en una ciudad limpia y carente de aquel «puré de guisantes» de los viejos tiempos.

Pero en esta ocasión, pese a todo, había una ligera bruma en Londres, estaba oscureciendo y lloviznaba ligeramente. Todo eso exigía que las barcazas se avisaran entre sí, para no chocar en el río.

El personaje que abrió la puerta metálica de aquel recinto, cerrándola luego cuidadosamente tras de sí, era digno de una farsa o de un viejo melodrama. Sus largas guedejas blancas colgaban de su cabeza inclinada, velando parte de su rugoso rostro, en el que destacaban los gruesos lentes de cristal color caramelo que cabalgaban sobre una nariz corva, bajo cuya sombra se curvaba una boca cruel y sardónica.

Una larga y flotante bata blanca envolvía su cuerpo encorvado, de andares cortos y cautos. Sus manos iban enfundadas en ligeros guantes de goma adheridos a sus dedos como una segunda piel.

El doctor Muerte aún existía, ciertamente. Y estaba en Londres, como bien sospechaban los servicios de inteligencia norteamericano y británico.

En el recinto que ahora ocupaba en la capital inglesa se alineaban, como en tantos otros lugares habilitados para sus actividades, mecanismos electrónicos, laboratorio y una serie de instalaciones adecuadas para la experimentación.

El siniestro personaje, sin embargo, no se aproximó a sus instalaciones científicas, sino que abrió una especie de mueble metálico, tiró de una cajón, y apareció una reducida pero amplia emisora de radio, que conectó, buscando un determinado punto en su dial.

Una vez localizado, pulsó la tecla de emisión y habló con voz ronca, empuñando un micrófono altamente sensible:

—Aquí DM hablando. Aquí DM, estación Uno, hablando... Diga si está a la escucha, DM, estación Dos, e identifíquese...

Respondió una voz al otro lado:

—DM, estación Dos, a la escucha. Me identifico: «El otoño no es demasiado frío este año, al menos por ahora». Identifíquese DM, estación Uno.

—Aquí DM, estación Uno —respondió el doctor Muerte—. Me identifico: «De todos modos, pronto llegarán las lluvias y los primeros fríos de la temporada».

—Correcto, DM, Uno. Informo: confirmado que Yosef Ben Hamid e Irwin Sharon fueron muertos violentamente en Londres y París, con tarjeta de DM como firma.

—Conozco los hechos. Ben Hamid tenía que desaparecer. Iba a vender información vital sobre mí a los servicios de inteligencia ingleses. Para eso estaba en Londres. Asumo responsabilidad de su final. Pero nada sé sobre Irwin Sharon.

Ése no creo que pretendiera venderme a nadie. Ya no servía a Tel-Aviv, sino a una organización terrorista interesada en provocar la guerra total en Palestina. No entiendo su final. No sé quién pudo ser responsable y utilizar mi nombre.

—Lo imaginable. Hay nueva información de urgencia, DM Uno.

—Adelante. Informe.

—En el aeropuerto de Heathrow ha muerto un ruso repentinamente.

—¿Quién es?

—Sergei Ivanov. Agente de la KGB soviética según nuestros informes.

—Lo sé. Era agente ruso. Buen colaborador en una ocasión —los ojos tras los vidrios color amarillo oscuro, brillaron, excitados—. ¿Cómo murió?

—Oficialmente no se sabe nada. Scotland Yard mantiene total reserva. Dicen que ha intervenido en el asunto el Ministerio del Interior. Pero agentes nuestros sondearon a funcionarios del aeropuerto, presentes en el óbito. Afirman que, según un médico, el difunto parecía víctima de una descarga de alto voltaje... y un veneno masivo en la sangre. Extraño, ¿no? Igual que esos dos, Ben Hamid y Sharon... Ah, creo que existía una tarjeta de visita también esta vez...

—Ya —los labios del doctor Muerte se apretaron, formando una dura, prieta línea—. ¿Algo más, DM Dos?

—No, nada.

—Manténgase bien informado y llame aquí cuando obtenga datos. La emisora grabará el informe y yo lo escucharé cuando vuelva. Cierro.

—Sí, señor. Enterado. Cierro.

Se cortó la comunicación. El doctor Muerte introdujo de nuevo la emisora en su escondrijo. Se irguió, paseando nerviosamente por el recinto.

—Otra víctima... ¡Y mi tarjeta! —jadeó, hablando consigo mismo—. No me gusta esto. No me gusta. Está eliminando a mis amigos, a mis antiguos colaboradores... No hay duda, es él... ¡Es él! Sobrevivió. El veneno del escorpión... y todo lo demás. Posee el medio de destruir que yo mismo he creado... Tengo que hacer algo. Sí, tengo que hacer algo... Deshacerme de él cuanto antes. Si llegase a caer en poder de ellos... podría revelarlo todo. Pero lo peor es si da conmigo. Me destruirá, me aniquilará sin piedad... Está jugando con mis propias cartas, está usando mis armas contra mí... Pero no te temo, amigo. ¡No te temo! El doctor Muerte no teme a nadie. Te destruiré. ¡Te destruiré, sea como sea!

Agitado, se detuvo, estrujando sus puños con rabia. Luego pareció serenarse repentinamente. Sus ojos recorrieron las instalaciones químicas y los mecanismos electrónicos de su nuevo y secreto santuario londinense. Los ojos cambiaron su brillo de rabia y de cólera por una mirada centelleante, de placer maligno.

—Ahora, olvidemos todo eso —susurró—. Hay muchas cosas por hacer, y poco tiempo en Londres para llevarlas a cabo. Confían en mí. No puedo defraudarles. Tendrán lo que quieren, vaya si lo tendrán... El doctor Muerte jamás fracasa...

Y caminó lentamente hacia el laboratorio. En su mente germinaba ya la idea previa, desde donde iniciar sus nuevos experimentos para otra arma letal. Le pagaban bien por eso, y no podía defraudar a quienes confiaban en él.

Poco después, su mano y su cerebro comenzaban la labor en una nueva forma de muerte y destrucción que entregar a quienes estaban interesados en ellos. Una vez más, el fértil ingenio de aquel monstruo de la ciencia estaría al servicio de quienes pagaban generosamente para conseguir un arma capaz de aniquilar a otros seres humanos y provocar nuevas y devastadoras guerras en el mundo.

Siempre, en todas partes, existían países, gobiernos, gentes u organizaciones más o menos clandestinas, capaces de financiar proyectos así. Y el doctor Muerte gustosamente ponía a su servicio toda su diabólica sabiduría de inventor.

—Es un placer conocerle, doctor Senkovitch.

—Igual digo, señor Darrin —sonrió afablemente el hombre de cabellos ligeramente rubios, salpicados de canas, ojos vivaces e inteligentes tras unas gafas livianas, de montura de metal dorado, y ademanes corteses y educados, tras estrechar cordialmente la mano de Clifford Darrin—. Tengo entendido, por lo que me ha contado mi enfermera, la señora Darrin, que es usted su hermano político...

—Así es —asintió Cliff—. Pero no he venido a verle por mi parentesco con Jennifer.

—Lo sé. Creo que es usted funcionario del gobierno de los Estados Unidos...

—Algo así, en efecto —sonrió cautelosamente Darrin.

—En ese caso, ¿qué puedo hacer por usted? —La perplejidad del doctor Ilya Senkovitch era evidente—. No creo que haya cometido ninguna irregularidad con divisas, salida al extranjero ni cosa parecida. Además, mi pasaporte está en regla. Ya sabrá usted que soy apátrida, me debo a la acogida amistosa de su país, y mantengo siempre un estricto respeto por sus leyes...

—No tiene que disculparse en ese terreno, doctor —se apresuró a rechazar Clifford—. No tiene problemas legales con mi país, que yo sepa. Y ni siquiera soy de Inmigración, de modo que nada de eso me afectaría.

—En ese caso, ¿a qué debo el honor de su visita? —se interesó el

médico investigador, con cortés curiosidad, cruzándose de piernas en la confortable butaca de su habitación del hotel.

—Verá, doctor. Voy a ser tremendamente sincero con usted —dijo Cliff, rotundo—. Mi ocupación real es la de agente de inteligencia del gobierno de los Estados Unidos.

—¿Agente del servicio secreto? —Se sobresaltó Senkovitch.

—Eso es, doctor.

—Cielos, no habré cometido un error saliendo de América... Soy un refugiado político, ciertamente, pero nunca pensé que los servicios secretos del Este pretendieran algo contra mí...

—Tampoco es ése el caso, que yo sepa.

—¿Entonces...? —La perplejidad del médico investigador era evidente.

—Doctor Senkovitch, quiero preguntarle sobre un extraño colega suyo. Alguien a quien se conoce en el mundo, en determinadas esferas, por el nombre de... doctor Muerte.

—El doctor Muerte —se estremeció levemente Senkovitch, sus ojos se movieron ligeramente en sus órbitas, pero aparte eso, pareció calmoso y tranquilo—. Algo he oído de él. En realidad, se le menciona en los círculos de investigación y experimentación bioquímica. Pero siempre pensé que era un invento de la imaginación popular, un ser inexistente...

—Existente, doctor. Puedo garantizárselo.

—Según lo que he oído de él, es un científico sin ideología concreta, y sin conciencia profesional, que vende sus creaciones destructivas al mejor postor...

—Así es.

—¿Existen esa clase de seres? Yo admito que haya científicos que se integran en determinados sistemas políticos por ideología o medro, pero un hombre que sirva a todo el que le pague, sea quien sea... Además, es un nombre grotesco el suyo.

—Sí, muy teatral, en efecto —admitió Darrin—. ¿No le han contado más de él?

—No, nada más —el apátrida enarcó las cejas, estudiando curioso a Clifford—. Seamos sinceros el uno con el otro, señor Darrin. ¿Por qué me pregunta a mi sobre ese hipotético doctor? Tal vez ni siquiera posea ese título y se limite a ser un buen creador de ingenios mortíferos...

—Tal vez. Pero sea quien sea, investiga como usted, en terrenos de bioquímica y cosas parecidas. Pensé que podría darme alguna información concreta al respecto, como colega suyo, en cierto modo.

—Si sospecha que sea yo el doctor Muerte, está en un error —sonrió Senkovitch con cierta frialdad.

—No he dicho eso —observó Darrin, sereno.

—Pero puede que sea la causa de que haya venido a verme. Jennifer me ha referido ya que usted está buscando a su hermano, Desmond Darrin, desaparecido misteriosamente, y que se imaginan fue secuestrado por una persona muy peligrosa. Imagino que esa persona debe ser el propio doctor Muerte...

—Imagina usted muy bien, doctor —asintió Clifford—. Pero le aseguro que, de momento, estoy muy lejos de sospechar de nadie en concreto.

—No le he reprochado que sospechara de mí. Sólo que cometía un error. Admito que tienen que buscar a su hombre entre investigadores como yo, pongamos por caso. Pero le repito que mi conciencia está muy tranquila. Jamás haré nada que pueda dañar a la Humanidad, se lo aseguro. Trabajo para una Fundación benéfica de su país, no sé si lo sabe...

—Sí, la Fundación Carmody —asintió Cliff—. Wallace Carmody la dirige, ¿no?

—Es el presidente de su consejo de administración, en efecto, substituyendo a su padre y creador, Hamilton Carmody. Una familia notable y prestigiosa en los Estados Unidos y en el mundo. Ellos no permitirían que un investigador sospechoso trabajase para la entidad.

—Imagino que así debe ser, en efecto. Pero sostenemos la teoría de que el doctor Muerte es persona de doble identidad, que aparentemente es la viva imagen de la honradez profesional, y oculta así su otra personalidad real.

—Una especie de Jekyll y Hyde en versión moderna, ¿no? —sonrió Senkovitch débilmente.

—Algo así, en efecto. Sabemos cómo es Hyde, pero ignoramos el aspecto y el nombre de Jekyll.

—Me gustaría poder ayudarle. Si supiera algo más sobre ese individuo, me apresuraría a decírselo, amigo mío. Le doy mi

palabra.

—Y yo le creo, doctor —suspiró Darrin, pensativo—. Creo que debo dejarle ya. Tendrá mucho que hacer durante su estancia en Londres...

—Así es —sonrió él—. Mucho y en poco tiempo. Permaneceré aquí una semana. Tengo una serie de reuniones de trabajo concertadas con uno de los más notables investigadores de Europa, el doctor Ulrich Gruber, de Múnich... —Se detuvo, mirando astutamente a Darrin, como si acabara de ocurrírsele alguna cosa—. Imagino que también investigará usted al doctor Gruber, dada su personalidad y fama...

—Acertó —ahora fue Darrin quien sonrió ampliamente—. En estos momentos, una buena amiga mía estará charlando amistosamente con él, si ha logrado ser recibida, doctor Senkovitch...

—Señorita McCoy, ¿qué pretende saber a través de mí, exactamente?

La pregunta del doctor Gruber fue casi abrupta. Aunque con voz contenida, iba cargada de violencia y agresividad mal encubiertas. Maggie frunció el ceño, estudiando al hosco y nada amable científico bávaro.

—Creo habérselo dicho con toda sinceridad, doctor Gruber —manifestó sin amilanarse la bella inglesa—. Colaboración. Es todo.

—Estoy intentándolo con toda mi paciencia, que admito no es mucha, señorita —manifestó fríamente el muniqués—. Pero resulta difícil no sentirse ofendido e irritado cuando una mujer viene a preguntarle a uno si conoce a una basura como ese tal doctor Muerte... si es que alguna vez existió realmente.

—Existió. Y existe, doctor Gruber —sostuvo ella con frialdad—. Es más, sé que ahora está en Londres, Por eso quería que cooperase conmigo, a ser posible.

—No puedo hacerlo, desde el momento que desconozco a tal individuo y ni siquiera sé si es una pura invención de la gente o un ser real, de carne y hueso. Aunque así sea, su labor es la de exterminar a la Humanidad mediante creaciones mortíferas. Y la mía es muy distinta, señorita McCoy: investigo la vida humana para mejorarla, a través de la genética y la aplicación de la bioquímica a la renovación de tejidos y hasta a la mejora de los genes humanos

para una mayor perfección vital. ¿Cree que un trabajo así, por el que podríamos llegar a ser futuros Premios Nobel el doctor Senkovitch y yo, puede relacionarse de alguna forma con... con un siniestro y nada recomendable individuo que se aplica un nombre grotesco y usa sus conocimientos en beneficio de la guerra y del odio?

—Le ruego me perdone, doctor Gruber, si me he expresado mal en algún momento —suspiró Maggie suavemente—. Sé que usted no puede tener relación alguna, ni tan siquiera remota, con un hombre así. Pero en algún tiempo, ese doctor Muerte debió ser un médico como los demás, un investigador normal, un estudiante de Medicina y de Bioquímica como cualquier otro. Es a ese personaje a quien me refería. Tuvo sin duda compañeros de clase, de promoción... Sabemos que la genética y la bioquímica son sus especialidades. La mayoría de sus armas han sido de tipo bacteriológico o químico, si bien también parece dominar ciertas especialidades radiactivas. Usted u otro médico pudieron conocer a ese loco asesino cuando aún era un ser medianamente normal. Y en ese caso, recordarían su comportamiento, sus reacciones, algo que les permitiese intuir en ese colega la existencia de un futuro peligro para la clase médica y para la propia ciencia.

—Eso es otra cosa —suspiró Gruber, moviendo la cabeza afirmativo. Pero luego, de inmediato, rectificó, negando de un lado a otro, con energía—. Recordaría, sin duda, a un tipo así, de haber coincidido con él en mis tiempos de estudiante, señorita McCoy. E incluso de haber tenido tratos con un colega o compañero ya doctorado que fuese sospechoso de actividades poco claras. En estos momentos, sólo puedo recordar a dos que me causaron impresión negativa: uno fue el doctor Dietrich, de Stuttgart, que terminó pasándose a la URSS con secretos científicos de la Alemania Federal, y otro el doctor Schuman, hijo de un notable cirujano nazi, el doctor Luther Schuman, desaparecido en Brasil, como tantos otros, al hundirse el Tercer Reich. Su hijo resultó ser un joven paranoico que pretendía resucitar el nazismo, pero con ideas propias que lo hacían aún más aniquilador. Actualmente está internado en un centro psiquiátrico de Hamburgo, y creo que ha dejado de ser peligroso, pero también ha perdido lastimosamente su carrera y su equilibrio mental.

—De modo que nadie, a su juicio, podría ser el doctor Muerte, de entre sus conocidos.

—No, nadie.

—¿Ni siquiera su colega de los Estados Unidos, el doctor Senkovitch? —sugirió Maggie sin ninguna diplomacia.

—¡Señorita McCoy! —rugió el doctor Gruber, enrojeciendo vivamente—. Le ruego no vuelva a ofender a ninguno de mis amigos. El doctor Senkovitch es un colega brillante, prestigioso y honesto. Sospechar de él significa tanto como sospechar de mí. ¿O es que, realmente, *también* sospecha de mí, y por eso ha venido a verme?

La pregunta de Gruber era fría y dura. Sus ojos acerados miraban a Maggie con recelo y beligerancia, desde un rostro ancho, rudo, rojizo y típicamente teutón, rematado por una cabeza calva, salpicada de leves cabellos blancos.

—Lo siento, doctor Gruber —manifestó ella, tremendamente sincera—. Mi obligación es sospechar de todo el mundo.

—En ese caso, señorita, salga de inmediato de mi casa —pidió glacialmente Gruber, señalando la puerta—. Ha abusado ya lo suficiente de mi buena fe.

—Pero, doctor, sólo pretendo...

—¡Salga de mi casa! —rugió Gruber, airado, enrojeciendo de nuevo.

Maggie McCoy suspiró, encaminándose a la salida con docilidad obligada. En ese preciso instante, algo dramático sucedió en el lujoso apartamento que el doctor Ulrich Gruber había arrendado en pleno corazón de Londres para permanecer aquella semana en frecuente contacto profesional con su colega apátrida llegado de los Estados Unidos, doctor Senkovitch.

Ese algo significaba la muerte. La muerte para la bella y dulce agente del servicio de inteligencia británico, Maggie McCoy...

CAPÍTULO VI

El sonido alarmante llegó inicialmente del amplio ventanal que el apartamento poseía, asomado a Saint James Park y una amplia zona de City of Westminster, en la mejor zona del Londres céntrico.

Fue una especie de sibilante zumbido en creciente diapasón, que llegaba a hacerse insoportable para el oído humano, dada su aguda tonalidad. La gran vidriera se pulverizó de repente, en un sordo estallido, como desintegrada por el paso de un cuerpo rompiendo la barrera del sonido. Los minúsculos trozos de vidrio, como una nube peligrosa y centelleante, se disgregaron en la sala, obligando al doctor Gruber y a su visitante a protegerse con ambos brazos el rostro, para no ser heridos por aquellos fragmentos de polvo cristalino. Aun así, sintieron que hería sus manos y cuero cabelludo, incrustándose en sus cabellos, y produciendo leves heridas y arañazos sangrantes en la calva cabeza del doctor muniqués.

Maggie gritó, aterrorizada, mientras la estridencia de aquel silbido estremecedor hería sus tímpanos dolorosamente. A través del ventanal roto, ese sonido ululante penetró casi violentamente. Y no venía solo.

Una especie de extraño proyectil teledirigido, no demasiado rápido, pero sí al parecer preciso y certero hasta lo inverosímil. ¡El proyectil se dirigía en derechura hacia ella como si algo en su persona atrajese igual que un imán a aquella inquietante pieza desconocida!

El cuerpo volador era delgado, de aguda punta, aerodinámico y de negro color. El zumbido ensordecedor parecía brotar de él mientras volaba, no muy rápido, por el aire. Primero trazó un par de espirales y luego se lanzó directamente hacia Maggie McCoy.

—¡Cuidado, señorita! —jadeó el doctor Gruber con gesto de horror—. ¡Trate de escapar, por el amor de Dios!

Maggie se precipitó tras un pesado sofá, consciente del peligro

mortal que, posiblemente, suponía para ella aquel misterioso, fantástico proyectil introducido con tal violencia en el lujoso domicilio del doctor Gruber en la capital inglesa.

Pero eso no parecía capaz de detener en modo alguno la trayectoria amenazadora del objeto volador de ignorado origen. Porque éste se elevó por el aire, con toda facilidad, para enfilar luego en ángulo muy inclinado hacia Maggie, su trayectoria original, que a no dudar tenía el cuerpo gentil de la inglesita por blanco elegido previamente.

Maggie se estremeció, clavando sus ojos asombrados en la pieza ominosa que se le venía implacablemente encima. Una silla voló por los aires, arrojada a la desesperada por el doctor Gruber, pero el mueble se limitó a golpear en el vacío al proyectil, con cierta violencia, y si lo que el científico, agazapado a su vez tras otro butacón, esperaba que el impacto significara un estallido o cosa parecida, se llevó una decepción total.

No ocurrió nada. El proyectil osciló, desviado ligeramente de su trayectoria, pero pronto la enmendó, girando sobre sí mismo con gran facilidad... y volvió a enfilar su blanco seleccionado: Maggie McCoy.

La mente de la muchacha trabajaba rápida, vertiginosamente, a la desesperada, tratando de explicarse el porqué de aquella atracción irresistible —y fatal para ella, sin duda alguna—, que ejercía su persona sobre el objeto volante.

Con la celeridad mental propia de la persona bien entrenada para lo insólito y apremiante, con su sereno dominio de sus emociones, y con su indudable capacidad de reflexión en los peores y más acuciantes momentos, Maggie creyó entender cuando ya tenía demasiado próxima la terrible pieza artillera.

Se arrancó de su chaqueta *tweed color marrón y beige el alfiler de brillantes piedras engarzadas en metal plateado que llevaba prendido en su solapa. Lo arrojó con violencia lejos de sí, procurando dirigirlo hacia el pulverizado ventanal. Su alfiler pasó vertiginosamente por el boquete, perdiéndose hacia el exterior.*

Cosa sorprendente. El proyectil giró súbitamente sobre sí mismo, con una agudización repentina de su zumbido, y se dirigió de regreso al ventanal desapareciendo por él. Maggie gritó al médico, tirándose de bruces en el suelo:

—¡Cuidado, doctor Gruber, protéjase, pronto!

El científico bávaro se arrojó asimismo contra la moqueta, sin esperar a más. Allá fuera ocurrió algo espantoso.

Una poderosa explosión lo conmovió todo, haciendo temblar los muros y vidrios del edificio con violencia. Una llamarada destelló en la tarde, no lejana, y el fragor del estampido conmovió la calma de Saint James Park, haciendo que docenas de palomas levantaran el vuelo, sobresaltadas. Se oyeron gritos, cláxones de automóviles, carreras y silbatos de la policía.

Maggie respiró hondo, pegada al suelo todavía, y supo que, de no haber obrado con tal precisión y urgencia, ahora sería ella quien estaría totalmente aniquilada por aquella misma explosión, que hubiera tenido lugar dentro de la casa y no en el exterior. Ella, y tal vez también el propio doctor Gruber, según como fuese de poderoso el ingenio asesino que alguien lanzara contra ella desde un punto desconocido...

—Un explosivo plástico de gran potencia, pese a la mínima cantidad utilizada en un ligero ingenio volador controlado remotamente por radio. Es la versión oficial de la policía.

—Terrorismo puro en el corazón de Londres, ¿no?

—Llámelo como quiera. Pensaban asesinarla, Maggie.

—¿Sólo a mí? —se interesó, ensombrecido su rostro.

—No sé. Tal vez había carga suficiente para pulverizarlo todo y matar también al doctor Gruber. O tal vez no. Eso tendrán que decirlo los expertos.

—Si peligraba también el doctor Gruber... él no puede ser el doctor Muerte —sugirió Maggie.

—¿Por qué no? —Cliff se encogió de hombros, dubitativo—. Pudo ser obra de alguien que no fuese el doctor Muerte. Acabo de saber que Sergei Ivanov, de la KGB, fue asesinado anoche en Heathrow del mismo modo que Ben Hamid y Sharon. También le dejaron la tarjeta del doctor Muerte. Pero estoy seguro de que no fue él.

—Ivanov —repitió Maggie, perpleja—. Le conocía. Un hombre duro y difícil. No era tarea sencilla sorprenderle y asesinarle. ¿También hubo veneno y radiación?

—También. Murió abrasado y con la sangre emponzoñada fatalmente. Ante todo el mundo, en la propia pista de despegue. Al

parecer, un desconocido le tocó. Simplemente debió rozarle, al pasar con una vagoneta de equipajes. Y eso bastó.

—¿Bastó... para matarlo de ese modo?

—Sí —Cliff inclinó la cabeza—. Sé que suena absurdo, inexplicable. Pero fue así. Hay testigos que lo afirman. Varios.

—¿Y el autor del contacto... no era el doctor Muerte? —dudó ella.

—No parece fácil. Las descripciones del hombre coinciden también en varios puntos: el agresor era alto, poderoso, parecía incluso excesivamente grueso para su agilidad. Y sus manos eran grandes, poderosas... y según algunos testigos, brillaban como si fuesen metálicas o tuvieran un caparazón duro, de brillo dorado.

—Brillo dorado —repitió asombrada Maggie—. Eso es absurdo. ¿Un robot?

—Quizás. No sabemos mucho de la última experiencia del doctor Muerte... salvo que el método exterminador que llegó a brear era una mezcla de veneno y alta radiación abrasadora. Pero de cualquier modo, esa descripción no responde en absoluto a ninguna de cuantas existen sobre el diabólico doctor.

—¿Puede ser... el que compite con él? ¿Ese supuesto telépata que se anticipa a las maniobras del doctor Muerte?

—Es muy posible, sí. Existen indicios de que los que contrataron esta vez al doctor Muerte en Londres son un poderoso grupo de extrema izquierda internacional, muy radicalizado, una especie de ultra-marxista cuyas ideas no comparte en absoluto el Kremlin, por significar un peligro para la propia política futura de la Unión Soviética.

—Un ultra comunismo de cariz super totalitario, ¿no?

—Algo así. Ivanov parecía estar tras la pista de ese movimiento radical, por orden del Kremlin. Y el doctor Muerte lo sabía. Tal vez Ivanov no era del todo leal a la KGB y el Politburó de la Unión Soviética, y se decantaba por los «ultras» de ese movimiento extremista. Y alguien lo supo, aniquilándole antes de que pudiera establecer contacto personal con su viejo amigo el doctor Muerte...

—Dios mío, todo esto es enloquecedor —murmuró Maggie, confusa, anonadada—. Nos enfrentamos a un peligro como jamás conocido antes. Todo parece tan fantástico, tan fuera de este mundo...

—Sin embargo es completamente real y tangible. No hay duda de que el doctor Muerte sabe perfectamente de nuestros movimientos en este juego, y ha solicitado colaboración de sus actuales amos para eliminarnos. Primero fue a mí, con aquella emboscada en la furgoneta... y ahora a usted con ese proyectil dirigido mediante control remoto.

—Y pensar que era mi alfiler el que atraía a ese proyectil —musitó Maggie.

—¿Cómo se dio cuenta de ello?

—No sé. Simple intuición. Lo había adquirido recientemente. Ayer lo estuve buscando entre mis cosas y no di con él. Pensé que lo había extraviado, hasta que esta mañana, al cambiarme de ropa para ir a ver al doctor Gruber, lo hallé fácilmente, y consideré que era una estúpida por no haberlo visto antes.

—Y no era así, ¿verdad? —sonrió gravemente Darrin.

—No, no era así. Alguien entró ayer en mi casa y me quitó el alfiler, para manipular en él y convertirlo en una diana de atracción para un sistema magnético de lanzamiento de proyectil a distancia. Cuando pensé que lo único de mi persona que podía tener esa cualidad era el alfiler, lo arranqué para arrojarlo lejos de mí.

—Resultado: dos coches destrozados en plena calle, dos personas heridas de escasa importancia y varios escaparates rotos —rió de buen humor Clifford—. Un balance bastante aceptable a cambio de evitar una o dos muertes violentas. La felicito, Maggie. Fue usted tan lista como valerosa.

—No tuve más remedio que serlo... El doctor Gruber me ayudó, desviando con una silla el proyectil, momentáneamente. ¿Puede eso significar que él no es sospechoso ya de ser el doctor Muerte?

—O pudo ser un truco para servirse una coartada útil, si el plan fallaba, como así sucedió. Yo no me fío de nadie, Maggie.

—Ya lo veo. ¿Qué me dice del doctor Senkovitch?

—Lo mismo. Parece correcto y lleno de honestidad. Pero hizo una sugerencia muy atinada: estamos ante un Jekyll y Hyde. No debe importarnos el buen aspecto de alguien, mientras exista la posibilidad de que ese alguien sea nuestro tenebroso mister Hyde.

—En eso tiene razón —aceptó ella—. Pienso lo mismo que usted, Cliff.

—De momento, ya tenemos algo: sabemos que los doctores

Senkovitch y Gruber son, en apariencia, la imagen misma de la honradez profesional. Pero estando en casa de Gruper, fue usted atacada por un misterioso proyectil teledirigido. Eso puede significar algo o ser simple casualidad. De todos modos, nos vigilan y controlan, eso es evidente. Habrá que extremar las precauciones desde ahora.

—¿No cree que si el doctor Muerte sabe que alguien está matando a sus viejos colaboradores dejando su propia tarjeta, puede estar en estos momentos preocupado e incluso asustado?

—Quizás. Confiemos en que esta situación le haga dar un paso en falso no tardando mucho. Y que ese paso nos conduzca hasta él de un modo u otro...

Maggie y Clifford abandonaron el pub cercano al Parlamento británico donde estaban charlando aquella tarde brumosa y húmeda, subiendo al coche deportivo de la joven agente del Intelligence Service. Se despidieron en la puerta del hotel, donde se quedó él, para que la joven continuara viaje hacia las oficinas de la organización del servicio secreto británico, a informar a sus superiores de todo lo acontecido en las últimas horas. Clifford Darrin subió a su habitación en el lujoso hotel londinense, para disponer sus inmediatas acciones en la capital británica.

Apenas pisó el vestíbulo, recogiendo su llave en conserjería, cuando el hombre de las llaves de oro le tendió, junto con la llave, un papel doblado, que Cliff contempló enarcando las cejas.

—Lo han dejado para usted hace cosa de una hora —señaló el conserje, amable.

—¿Sabe quién, exactamente? —indagó Cliff, curioso.

—Sí. Una dama bastante hermosa y elegante —sonrió el empleado con gesto algo pícaro—. Creo que no salió del hotel...

Así era. El mensaje, escrito con letra de rasgos enérgicos y cultivados, era breve y conciso:

Es importante y urgente que nos veamos. Puedo conducirlo hasta la persona que está buscando. Le espero en el bar del hotel. Me reconocerá por una flor roja.

Nadia.

Clifford guardó la nota en su bolsillo, encaminándose, tras un momento de duda, al bar situado al fondo del amplio vestíbulo. Dirigió una ojeada a la barra. Había una sola mujer en un taburete

alto, con las piernas cruzadas. Tenía una falda muy corta y unos hermosos muslos, pero ni rastro de flor roja alguna en su persona.

Desvió la mirada hacia las mesas. Una rubia de senos exuberantes aparecía sentada sola en una mesa. Le sonrió, mientras su majestuoso busto encima del borde de la mesa, increíblemente. Pero tampoco llevaba flores encima. Ni tenía aire aristocrático, como dijera el conserje.

Al fin dio con ella. Ocupaba una discreta mesita arrinconada, vestía de oscuro, llevaba un sombrero color azul ultramar, con un alfiler rematado por una perla, y en el pecho, sobre su vestido de seda azul destacaba una flor artificial, de color rojo vivo, prendida con un imperdible dorado.

Ella lo vio. Clifford sonrió, haciendo una cortés inclinación. Echó a andar hacia la mesa, en guardia. Sabía que pisaba un terreno sumamente resbaladizo en las últimas horas. No se fiaba de nadie, ni siquiera de una mujer, por hermosa y elegante que fuese.

Llegó ante la mesa. Miró a la dama. Ella le devolvió la mirada. Se sonrieron.

—Supongo que usted es Clifford Darrin —dijo ella con pausada voz bien modulada, en un inglés perfecto, aunque con leve acento extranjero.

—¿Y usted... Nadia? —indagó él.

—Exacto. Nadia Vanescu —confirmó ella con elegancia.

—Rumana, imagino.

—Apátrida —suspiró ella, ambigua, encogiéndose de hombros.

—Vaya, hay muchos apátridas por el mundo —comentó Darrin con sorna—. Y sobre todo, en Londres.

—¿Se refiere al ilustre doctor Senkovitch? No tener patria, señor Darrin, es una desgracia frecuente en nuestros tiempos, por culpa de los políticos. Pero eso no significa que tampoco se tenga cerebro...

—No dije eso. Ni lo sugerí siquiera —sonrió Darrin—. ¿Puedo sentarme?

—Hágalo, se lo ruego —invitó ella—. Quería hablar con usted. Para eso le espero.

—Temo que no tenga la menor idea de su motivo para esta cita, señorita Vanescu...

—Señora —suspiró ella—. Mi esposo murió. Soy viuda. Le mataron por mezclarse en asuntos sucios. Tuvo tratos directos con

un cierto doctor de nombre macabro. ¿Me explico?

—Claro —Cliff la miró, en guardia—. ¿Qué tengo yo que ver en todo eso, señora? —Mucho. Sé quién es usted.

—Yo, en cambio, nada sé sobre una mujer llamada Nadia Vanescu, señora.

—No hay mucho que averiguar —sonrió ella—. Ambos tenemos el mismo oficio.

—Temo no entender —dijo Clifford, con cautela.

—Vamos, vamos, señor Darrin, no disimulemos. Pertenezco a determinados servicios de inteligencia cuya nacionalidad no viene a qué mencionar, aunque no hay inconveniente en que usted la conozca, si llegamos a un acuerdo.

—¿Qué clase de acuerdo? —Siguió manteniendo Cliff su ambigüedad.

—Éste no es el lugar adecuado para exponerlo —señaló ella, mirando en torno.

—Bien, señora Vanescu —caballerosamente, Clifford se incorporó e hizo una leve inclinación—. ¿No sufrirá su reputación si la invito a subir a mi habitación para discutirlo?

—En absoluto —rió ella—. Soy una mujer muy liberada. No sorprenderá a nadie que un joven y atractivo americano haya podido atraerme. Tengo fama de algo frívola, ¿comprende, Darrin?

—Sí, comprendo. En ese caso, hablemos arriba si lo prefiere. ¿Hago subir algo frío para ofrecerle en señal de hospitalidad?

—Sí. Champaña, por favor —pidió ella con desenvoltura.

Y se incorporó, echando a andar hacia la salida del bar del hotel. Clifford, con una leve sonrisa, admiró su esbelta y atractiva figura y la siguió de buen grado.

Poco después se hallaban en la amplia habitación de Clifford, éste corría discretamente las cortinas de las ventanas y daba órdenes de que subieran una botella de champán francés. Al colgar, ella le dirigió una mirada vivaz, mientras cruzaba sus largas y bellísimas piernas con indolencia, sentada en una de las butacas ante él.

—Veo que sabe obsequiar adecuadamente a una dama —señaló con voz suave—. No todo el mundo sabe elegir un buen champaña, por muy agente secreto que sea.

—Yo no he dicho que sea agente secreto, señora —rectificó él,

cortés y frío.

—Vamos, amigo mío, deje sus disimulos a un lado —rió ella—. Sé muy bien quién es, y usted sabría enseguida quién soy yo si pidiera informes míos a sus amigos de la CIA, Lo cierto es que no he llegado a ser tan importante como usted en el mundo del espionaje y la información secreta, pero en cambio he realizado importantes trabajos en mi vida, sirviendo a diversos patrones. Uno de esos trabajos consistió en pactar un acuerdo con una persona a quien se le llama doctor Muerte... y que yo sé quién puede ser en realidad.

Darrin no hizo comentario alguno de momento. Se limitó a mirarla, pensativo, y trató todavía de no comprometerse ante la desconocida y hermosa mujer.

—¿Doctor Muerte ha dicho? —Enarcó las cejas—. Eso suena a folletín barato...

—Pero no lo es, y usted lo sabe. El gobierno que me ordenó colaborar con el doctor Muerte sabía lo que hacía. Obtuvo un arma letal muy importante, que el buen sentido de los dirigentes políticos les obligó a marginar por altamente peligrosa para la paz mundial. Yo pagué al doctor Muerte sus honorarios por crear esa monstruosidad. Le conocí personalmente, hablé con él.

—Eso suena a interesante —aceptó Darrin, sin desviar sus ojos de ella—. ¿Cómo es ese personaje de tan tétrico nombre?

—Esa información, Darrin, vale dinero. Mucho dinero. Americano, por supuesto. En que no me importaría rubricar mi visita de negocios con unas horas de amor entre ambos, por supuesto. Usted me gusta, Darrin. Me gusta mucho como hombre. Y a mí me encanta devorar a hombres como usted —terminó, frunciendo sus carnosos labios sensualmente.

Clifford no dijo nada. El camarero llamó, entrando con la botella de champaña y el cubo de hielo con dos copas, en una bandeja de plata. Les sirvió, retirándose discretamente tras firmar Darrin la nota y darle la propina. Alzó su copa, tras tender otra a Nadia Vanescu.

—Por usted, señora —dijo—. Y porque esta reunión nuestra termine, realmente, del modo más dulce y apasionado posible.

—Así sea, querido —suspiró ella, alzando su propia copa y brindando—. Por eso... y porque usted acepte mi trato respecto a nuestro común amigo, el doctor Muerte.

Bebieron. Luego, Clifford se sentó al hacerlo ella. Esperó que hablase la dama.

—Darrin, todos estamos sentenciados —dijo ella de repente.

—¿Qué? —Casi se sobresaltó Cliff, mirándola con sorpresa—. ¿Quiénes están sentenciados?

—¡Todos los que tuvimos trato persona! con ese hombre siniestro. Vamos a morir sin remedio. A menos que alguno podamos escapar a tiempo. Por eso necesito dinero urgente. Y usted podría conseguírmelo de la CIA si llegamos a un arreglo.

—Temo no entenderla. ¿De quién tiene miedo? ¿De ese doctor Muerte?

—Aunque le parezca mentira, no —negó ella, rotunda—. No temo al doctor Muerte, porque él no mataría a una persona que hubiese tenido relación con él, salvo que supiera que iba a delatarle. Ese pudo ser el caso de un agente palestino, Ben Ham id. Se sabía que intentaba delatar al doctor Muerte, revelando cómo podía ser hallado. Sabemos que ha muerto en esta ciudad por ese motivo. El doctor le mató.

Pero no así a otros agentes, como Sharon en París o Ivanov en Heathrow.

—Veo que sabe usted muchas cosas —señaló gravemente Darrin.

—Eso forma parte de nuestro trabajo, usted lo sabe —sonrió Nadia Vanescu irónicamente—. A veces, incluso, sé demasiado. Y eso es peligroso. Por esa razón no temo al doctor Muerte, sino a otra persona.

—¿A quién?

—Ignoro quién pueda ser. Pero un experimento del doctor le ha convertido en un asesino despiadado y terrible. Una lista secreta del doctor Muerte, donde figuramos los agentes secretos que hemos tenido relación directa con él, fue robada del lugar donde esa persona escapó, llevándola consigo. Ahora, los apuntados en esa lista estamos siendo eliminados inexorablemente. Es una forma de vengarse del doctor Muerte, de ir acorralándolo, acosándole y diciéndole con claridad a cada momento que sabe dónde hallar a sus colaboradores, y del mismo modo sabrá dónde hallarle a él.

Darrin dominó su agitación cuanto pudo. En realidad, aquella sorprendente mujer le estaba exponiendo las cosas coincidiendo con su propia teoría. Y sin saber la razón exacta, aquello empezaba a no

gustarle.

—De modo que usted piensa que hay alguien peor que el doctor Muerte —habló.

—En cierto modo, sí. Peor para los que colaboramos o recurrimos a la ciencia diabólica de ese hombre nefasto. Porque eso nos habrá sentenciado a morir sin remedio. El hombre que sufrió las consecuencias de un invento del doctor Muerte es ahora una despiadada máquina de matar, alguien convertido en un feroz instrumento de muerte. Su odio hacia el doctor es tal, que le irá arrinconando, eliminando a todos sus aliados y amigos, para terminar exterminándole a él. Por eso quiero escapar. Mi nombre está en esa lista. Él sabrá dónde encontrarme, porque he recibido una información muy especial sobre la naturaleza del mal que el experimento causó a esa criatura convertida ahora en monstruo mortífero.

—¿Qué mal es el que padece? —se interesó Darrin.

—Se lo diré, pero no voy a añadir nada más —le respondió Nadia cautelosa—. Sepa que una radiación, conocida por el nombre de rayos Ultra-Omega, creación del doctor Muerte, asociada al veneno inoculado en la sangre humana desde la picadura de un vulgar escorpión, crea una mezcla estremecedora y terrible un medio letal de aniquilar, que potencia millones de veces la fuerza del veneno, emitido mediante radiaciones a la sangre del atacado. Actualmente, el cobaya humano a quien le fue inoculado el veneno del escorpión bajo las radiaciones Ultra-Omega es un monstruo cuyo sólo contacto provoca el envenenamiento masivo de la sangre humana, a la vez que una radiación letal aniquiladora. Pero quien lleva ese poder destructor como agente portador es inmune ya a él, y la potenciación de sus funciones vitales por los rayos Ultra-Omega han desarrollado de tal modo parte de su cerebro, que posee una fuerza mental tremenda. Por ello puede, a distancia, percibir dónde están los que él considera sus enemigos, los localiza y los destruye sin remedio.

—El veneno de un escorpión... y radiaciones —musitó Darrin, sombrío—. Es eso...

—Sí, Darrin. No le diré más. Pero puedo añadir que sospecho la identidad real del doctor Muerte a causa de un error que en cierta ocasión cometió éste cuando tuvimos trato personal. Ese informe

vale ahora mi viaje a los Estados Unidos de inmediato, y medio millón de dólares en efectivo. ¿Qué decide?

—No tengo autoridad para decidir —se mostró precavido Darrin—. Pero puedo comunicar con mis superiores y consultarlo.

—Hágalo. Pero pronto. Ese monstruo acecha, busca a sus víctimas. Y recuerde que yo soy una de ellas.

—Me sorprende que haya sabido tantas cosas de ese experimento...

—La potencia que lo encargó está horrorizada. Un agente de ella me informó con detalle. El propio doctor Muerte le expuso sus temores cuando le entregó el arma mortal a cambio de una enorme suma de dinero.

—Entendido. Estableceré contacto de inmediato con mis superiores. ¿Qué le parece si nos reunimos de nuevo dentro de dos horas para darle mi respuesta?

—Sólo dos horas, Darrin —ella humedeció sus labios, angustiada—. Es vital que no exista más demora...

—Lo entiendo. Y así será. Tiene mi palabra, Nadia —dijo él, con firmeza.

—Regresaré en dos horas —ella se puso en pie, acercándose a él—. Deje el champaña para entonces. Pero que esté bien frío. Podremos brindar por los dos de nuevo... y le mostraré mi gratitud personalmente, de un modo que le encantará...

—De eso estoy seguro —sonrió Cliff—. Pero no necesita mostrarme gratitud alguna si hay un acuerdo entre ambos.

—Digamos que a mí me encantará hacerlo —rió ella, besando la boca de Darrin con voluptuosa intensidad antes de encaminarse a la salida.

Abrió la puerta y salió al corredor. Su suave taconeó se alejó sobre la moqueta, tras cerrar la puerta. Su hermosa y elegante silueta desapareció.

Inmediatamente después, un grito atroz llegó del corredor, y culminó en algo parecido a un estertor. Clifford, súbitamente alarmado, corrió a por su pistola y se precipitó fuera de la habitación, temiendo lo peor.

Se enfrentó a algo todavía más terrible de lo imaginado.

CAPÍTULO VII

Nadia Vanescu yacía en el corredor. Elegante, pero no hermosa ya.

Su vestido se limitaba a envolver un cuerpo abrasado, ennegrecido, de rostro deforme y violáceo y ojos horriblemente desorbitados. Sus manos crispadas eran dos garras ennegrecidas, hincándose en la moqueta con su último y desesperado afán.

Y delante de ella, frente a frente con Darrin... estaba el asesino. El monstruo mencionado por ella.

Clifford contempló alucinado aquella informe figura humana extrañamente hinchada, de piel tersa y reluciente, de color dorado, como una costra amarilla. El rostro era una masa informe y de epidermis tirante y amarillenta, con labios negruzcos y ojos vidriosos. Había perdido totalmente el cabello y su cabeza relucía como si fuese una esfera envuelta en un tejido color oro. Toda su piel recordaba al caparazón del alacrán...

—Dios mío, no —jadeó Darrin, lívido, descompuesto, sin atreverse a apretar el gatillo de su arma, contemplando aquella especie de criatura de otro mundo sin dar crédito a sus ojos—. No es posible tanto horror...

Hubiera podido disparar su arma contra aquel ser de pesadilla, pero no fue capaz de hacerlo. Tenía agarrotada su mano, miraba incrédulo aquel rostro deforme, hinchado y tirante como si fuese de goma tensada. El monstruo, encorvado, lanzó una especie de sordo borbotón de gruñidos animales, sin dejar de mirarle. Darrin estuvo seguro de una de aquellas manos grandes y deformes de color dorado fosforescente, saturadas de una rara energía radiactiva, pero también del extraño poder de inocular mediante esa radiación un veneno masivo en las arterias.

Sin embargo, el monstruo no hizo nada de eso. En vez de ello, retrocedió, balbuceando algo incoherente... y Darrin sintió una

especie de enorme impacto en su mente, como si la atroz criatura le lanzara oleadas de poder mental. Fue tal el choque en su cerebro, que soltó su arma, retrocedió y terminó por caer de rodillas, torpemente con los ojos velados y sintiendo que todo giraba en torno suyo.

El monstruo, entonces, echó a correr, dando saltos como un extraño simio con ropas humanas y piel dorada, perdiéndose en un recodo del corredor.

Darrin, angustiado, trémulo, luchó por rehacerse, tras recibir una prueba evidente de la fuerza psíquica que el horrible experimento del doctor Muerte había proporcionado a aquel desdichado, mediante las radiaciones Ultra-Omega.

Se aferró a un muro del corredor y susurró, buscando en vano al desaparecido asesino de Nadia Vanescu:

—Hermano... Desmond, hermano querido... No es posible... ¡No es posible!

Pero sabía que sí era posible. Que el cobaya humano del doctor Muerte había sido Desmond Darrin, su propio hermano. Y que ahora éste, convertido en una máquina terrorífica de muerte, iba aniquilando inexorablemente a los que habían tenido trato personal con el doctor Muerte.

También pudo haberle aniquilado a él. Pero no lo hizo. Tal vez porque, pese al monstruo en que se había convertido, víctima de aquel experimento, había sido capaz también de reconocer a su hermano Clifford, del mismo modo que éste le había identificado a él.

El teléfono sonó varias veces, antes de que fuese descolgado.

—Habitaciones del doctor Senkovitch —dijo una voz suave de mujer—. ¿Quién llama? —Jennifer, soy yo— habló Darrin, aún con voz agitada. —Cliff, tu cuñado.

—Oh, Cliff... Me alegra saber de ti nuevamente. Pero ahora no podré atenderte. El doctor Senkovitch me ha encargado unos trabajos y...

—No, no quiero interrumpirte. Es sólo para comunicarte algo.

—Te escucho, Cliff.

—Jennifer, creo... creo que he encontrado a Desmond.

—¡Cliff! —El asombro brotó en la voz de la muchacha claramente—. No es posible... ¿Dónde está? ¿Vive?

—Vive, sí. Pero más le valiera no hacerlo. Estaría mucho mejor muerto.

—Cliff, ¿cómo puedes decir eso? Es tu hermano... Yo tengo pocos motivos para apreciarle, pero recuerdo que ha sido mi esposo, pese a todo, y... me alegra saber eso.

—No te alegres aún, Jennifer. Desmond ha sido víctima de un experimento criminal del doctor Muerte.

—¿Qué? —La voz sonó ronca, quebrada ahora por la tensa emoción.

—Lo que oyes. No puedo explicártelo por teléfono. Pero ya queda poco del Desmond que nosotros conocimos. Y además... es un peligro de muerte para mucha gente.

—Cliff, esto lo cambia todo. No importa lo que tenga que hacer para el doctor Senkovitch. ¿Puedes venir a recogerme de inmediato? Iremos adonde sea a charlar de todo eso, largo y tendido... Me has logrado asustar, preocupar...

—Hay motivos para ello. Iré de inmediato. Espérame ahí, querida.

Trató de comunicarse después con Maggie McCoy, pero le informaron que había salido sin decir adónde iba. Rápido, se encaminó al hotel donde se alojaban Senkovitch y su bella enfermera.

—El doctor no está —le informaron en recepción.

—No busco al doctor, sino a la señora Darrin, su enfermera —explicó Clifford—. Ella me espera. Es urgente.

—En ese caso, suba directamente a sus habitaciones, señor. Ella sí está arriba.

Darrin subió apresuradamente a la planta donde se alojaban el médico apátrida y su colaboradora. Llamó a la puerta de Jennifer. Nadie respondió. Enarcó las cejas, repitiendo la llamada. Idéntico silencio. Llamó con su voz a través de la madera:

—Jennifer, abre. Soy yo, Darrin, tu cuñado.

No le contestaron. Una rara inquietud le asaltó. Recordó algo vagamente y sintió un escalofrío. Jennifer había sido dura con Desmond, aunque él lo tenía bien merecido por libertino. Ella había sido quien rompió con él. ¿Podía desear vengarse también de eso el monstruo que era ahora su hermano? Un horror sin límites le invadió.

—¡Oh, no, no! —jadeó. Y cargó contra la puerta sin vacilar.

Tuvo que intentarlo varias veces, antes de lograr que la hoja de madera cediese, saltando la cerradura con un crujido áspero. Penetró en las estancias, pistola en mano. De nuevo temía verse ante la imagen misma de la muerte.

Su primera impresión no pudo ser peor. Clavó los ojos en la sangre que salpicaba una butaca y una mesita, no lejos del abierto ventanal. Corrió allí, descubriendo más gotas de sangre en la moqueta, que seguían sobre el alféizar del ventanal. Asomó a éste. Daba a unos patios interiores del hotel, sobre las cocinas, y no era nada difícil escabullirse por allí. Sus ojos volvieron a la habitación. Descubrió la cartulina blanca sobre un sofá. Corrió allá. No era exactamente cartulina, sino un material plástico. El temido nombre figuraba en su superficie: *Doctor Muerte*.

Se estremeció. Aquellas tarjetas también podía usarlas al aniquilador de piel dorada. Pero la presencia de sangre no revelaba un ataque del mismo. Su modo de matar no dejaba huellas sangrientas nunca.

Recorrió todas las estancias en vano. Ni rastro de Jennifer. Pero todas sus cosas estaban allí, incluso las de su aseo personal, así como vestidos, calzado y todo eso. Por tanto, si había salido de allí, era de repente y a viva fuerza. La sangre, sin duda, era suya.

—Raptada... —jadeó—. ¡Oh, cielos, no! Esto es cosa del doctor Muerte, no de Desmond. Tal vez piense así atraer a Desmond a alguna parte... Él tiene que saber que Jennifer es la esposa de Desmond Darrin... Maldito canalla, ¿dónde puede estar ahora?

Excitado, informó al hotel de la desaparición de Jennifer, para que informasen a la policía londinense. Y él salió por la ventana, siguiendo el rastro de las gotas de sangre.

Infortunadamente, el secuestrador de Jennifer debió advertir que dejaban un reguero fácil de seguir, y de súbito se interrumpió toda pista en el acceso a una azotea inmediata, también de las instalaciones hoteleras, y desde donde no era nada difícil descender a una especie de pasaje de carga, entre las cocinas y dependencias del servicio, a través de una escalera de incendios adosada al muro de oscuros ladrillos.

El propio Darrin descendió por ella sin ver a nadie, y alcanzó un callejón posterior sin dificultad alguna. Evidentemente, aquel

camino había sido el seguido por secuestrador y secuestrada. Ahora, resultaba inútil seguir todo posible camino; Algún vehículo habría conducido a ambos al oculto santuario del siniestro personaje.

—Será inútil cuánto intentemos, Cliff. No sabemos dónde se oculta ese hombre...

Clifford asintió ante las palabras nada optimistas de su colega inglesa, Maggie McCoy. Un gesto de sombría irritación nublaba las facciones del americano.

—Lo sé —murmuró él con voz grave—. No tenemos la menor pista, ningún indicio que nos permita imaginar su escondrijo en esta ciudad... Y a cada minuto que pasa, el peligro aumenta para Jennifer. Estar en manos del doctor Muerte ya es de por sí malo, pero además está Desmond... Ahora es una especie de animal vengativo. Podría vengarse no sólo del que le convirtió en lo que es hoy... sino también de ella, de Jennifer, que le abandonó como esposa por su comportamiento. No sabemos lo que pasa por la mente desquiciada de ese ser horrible que es ahora mi hermano.

—Pero Cliff, ¿estás seguro de que ese monstruo es, realmente, Desmond Darrin?

—Sí. Totalmente seguro. Está desfigurado, horrible. Pero es él. Lo sé.

—Dios mío... —suspiró ella, moviendo la cabeza con desaliento—. Jamás me vi metida un caso más extraño e inquietante. Empezaba a pensar que era Gruber el doctor Muerte. Había investigado una serie de actividades suyas en Múnich, descubriendo que no todo en él está claro ni mucho menos... cuando me has informado de lo que sucedía. Gruber estaba en otro lugar cuando raptaban a Jennifer, me consta. Por tanto, no puede ser él, a menos que la hayan raptado esbirros a sus órdenes.

—Que también podría ser. No descartemos aún a nadie, Maggie.

—¿Tampoco al doctor Senkovitch?

—Tampoco. Sé que parecería un error raptar a su propia ayudante de ese modo, haciéndose sospechoso ante todo el mando, pero si se encuentra desesperado ante la proximidad ominosa de Desmond, todo es posible en ese hombre. Lástima que Nadia Vanescu muriese antes de revelarme la identidad real del doctor Muerte. Desmond se equivocó al aniquilar a ella, porque me privó de conocer el dato preciso para acabar con ese científico

enloquecido.

—Tal vez Desmond lo hizo intencionadamente —apuntó Maggie—. Es posible que le odie de tal modo que quiera ser él quien personalmente se tome su venganza...

—Sí, ya lo he pensado —asintió Clifford amargamente.

Permanecieron en silencio los dos jóvenes agentes. Maggie, distraídamente, tomó de encima de la mesa las últimas ediciones de los diarios. Se publicaba la noticia de la extraña muerte de Sergei Ivanov, pero no en primera plana, ni mucho menos. La prensa inglesa seguía sin duda instrucciones del *Foreign Office*, no concediendo demasiada importancia al suceso.

Pasó las páginas y se detuvo, interesada, señalando algo.

—Mira, aquí viene tu buen amigo el doctor Senkovitch —indicó—. Le hacen una amplia entrevista. Al parecer, todo gira en torno a la Fundación Carmody y a las investigaciones genéticas de Gruber y él. Eh, mira lo que dice aquí: «Según el doctor Senkovitch, la Fundación Carmody tiene el firme propósito de instalar una sucursal de su gran obra científica en Europa. Y al efecto, ya ha adquirido unas instalaciones en la ciudad de Londres, donde levantar en breve la Fundación Científica Carmody para Europa». Añaden que el doctor Gruber «es posible que coopere con esa sucursal, prestando su inestimable ayuda a la magna obra investigadora...».

Se detuvo en la lectura. Darrin había alzado la cabeza, mirándola pensativo. También ella clavó sus ojos en él. Permanecieron así unos momentos.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —preguntó Clifford.

—Creo que sí —asintió ella—. ¿Lo intentamos, Cliff?

—No cuesta nada. Si Senkovitch o la Fundación están mezclados en los asuntos del doctor Muerte... ésa podría ser la respuesta. Es una posibilidad, cuando menos.

—Sí. Pero ¿dónde estarán las instalaciones que ha adquirido la Fundación? —se preguntó Maggie en voz alta.

—Eso tiene que saberlo alguien en concreto: el doctor Senkovitch.

—Pero no querrá decirlo. Y si lo hace, sería como levantar la caza si él es el doctor Muerte...

—Existe un modo de saberlo sin que él lo conozca: revisar sus

cosas en ausencia suya. Después de todo, somos espías, Maggie. ¿No vamos a demostrarlo?

—Claro —sonrió ella—. Manos a la obra, colega.

CAPÍTULO VIII

No resultó nada difícil.

Mientras el doctor Senkovitch daba una conferencia en el Instituto de la Ciencia, sus pertenencias en las habitaciones del hotel fueron registradas minuciosamente por Clifford Darrin y Maggie McCoy. Llaves maestras y toda la astucia propia de los profesionales de la inteligencia, como ellos, fueron suficientes para obtener el dato requerido.

—Aquí está —dijo Maggie al fin, alzando unos documentos fotocopiados—. Títulos de propiedad a nombre de la Fundación Carmody, de Nueva York, de unos terrenos en Chelsea, junto al río Támesis. Esos terrenos, al parecer, están ocupados por unos almacenes hoy en desuso, que serán derribados para levantar la Fundación Carmody en Europa.

—Chelsea... junto al Támesis. Un lugar ideal para un escondrijo secreto —señaló Clifford, pensativo.

—Pienso igual. ¿Cuándo vemos a explorar ese punto?

—Está oscureciendo, Maggie. De modo que enseguida, esta misma noche. Y que Dios nos acompañe. Si Jennifer está allí, confío en que aún lleguemos a tiempo de evitar lo peor.

—¿Conocerá tu hermano ese lugar? —dudó Maggie, inquieta.

—Sabes la fuerza mental que posee ahora. Es capaz de intuir o captar cosas a distancia. Tal vez esté enterado de todo esto antes que nosotros mismos... y se haya anticipado a lo que hagamos. Por eso creo que no podemos perder tiempo.

Dejaron el automóvil a prudencial distancia de la zona portuaria de Chelsea donde se alzaban los viejos almacenes que iban a ser sustituidos por la Fundación Carmody en breve plazo.

El sector aparecía mal iluminado y desierto. Tuvieron que salvar una cerca de ladrillo y unas vías para vagonetas de carga junto a un

tinglado portuario, antes de avistar los tres edificios alargados, de vidrios rotos y oscuras ventanas, donde antes se almacenaran mercancías y ahora no quedaban sin duda más que polvo y ratas.

Confirmando sus averiguaciones, una puerta de alambrada mostraba un cartel reciente donde se leía: «PROPIEDAD PRIVADA. EN DERRIBO». Pero aún no se veía rastro de excavadoras ni nada parecido.

La joven pareja vestía oscuras ropas ajustadas a sus cuerpos, recordando a los antiguos ladrones de hotel, en forma de malla negra, calzado de goma silencioso y guantes. Sobre el rostro, una especie de máscara liviana y transparente, de tono oscuro, impedía que en la sombra fuesen demasiado visibles sus caras. Así, pudieron alcanzar los viejos almacenes fundiéndose entre las sombras de la noche, húmeda y neblinosa, sobre todo en aquella parte de las orillas del Támesis. No producían el menor ruido. Ambos llevaban pistolas automáticas provistas de silenciador y se movían con el sigilo de los felinos. Clifford se dijo que el cuerpo de la inglesita era toda una provocación cuando lucía con una malla ceñida como aquélla. Pero ahora no podía pensar en otra cosa que no fuese la suerte corrida por su cuñada, cautiva del siniestro doctor Muerte.

Pegados a un muro de uno de los almacenes, permanecieron unos instantes, respirando rítmicamente y escudriñando en torno suyo la desierta zona.

—Revisaremos cada almacén, empezando por éste —susurró Clifford—. Yo por un extremo, y tú por el otro, hasta coincidir en el centro del edificio, ¿de acuerdo? El que encuentre algo, informará al otro, pero sin tomar decisiones independientes.

Maggie asintió. Penetraron por una ventana baja, de vidrieras hechas añicos, y se separaron, iniciando la exploración.

En dos de los almacenes, el examen terminó negativamente. Al reunirse, movían la cabeza de un lado a otro, y reanudaban la tarea en otro local. Sólo les quedaba ya uno, el tercero de los almacenes, y más próximo a la orilla del río.

Repitieron la operación. Maggie tardó unos instantes más que Clifford en llegar al centro del recinto hueco y silencioso, a excepción de las ratas que merodeaban por allí.

Cuando apareció ella, apretó el brazo de Cliff, agitada.

—¿Qué? —susurró él roncamente.

—Allá —señaló ella—. En aquel punto. Hay una escalerilla que desciende a una especie de sótano. La puerta es metálica y está cerrada herméticamente. He escuchado a través de ella. Capté un zumbido de algo en funcionamiento, un motor o un mecanismo semejante.

—Bien. Vamos allá —indicó Clifford, conteniendo sus emociones.

Llegaron juntos a los seis o siete escalones que descendían a un arrinconado nivel inferior donde se hallaba la puerta metálica. Se miraron en la sombra. Cliff apretó la mano de ella.

—Yo abriré esa puerta —susurró—. Espera.

Rebuscó en sus útiles. Extrajo una llave de especial estructura, capaz de adaptarse a las más complicadas cerraduras. La introdujo en el hueco. Manipuló lentamente, con cautela. Un leve chasquido señaló su éxito. Probó con una ligera presión. La hoja metálica cedía ya. No parecía chirriar. Estaba bien engrasada.

Darrin empuñó su arma. Ella hizo lo mismo. Se movieron en silencio, comenzando a empujar la hoja metálica muy lentamente. No hubo ruidos delatores. Pasaron a un interior en penumbras, antesala de otra cámara, ésta con la puerta solamente entornada, en cuyo interior zumbaban unos mecanismos eléctricos. Darrin, empuñando con su diestra el arma de fuego, oprimió con su zurda la mano libre de Maggie, en señal de aliento.

—Creo que estamos sobre la pista —susurró.

Llegaron a la rendija de la puerta abierta a medias. Miraron al interior. El corazón de Clifford dio un vuelco.

—¡El doctor Muerte! —musitó—. Es él...

Los ojos de Maggie, dilatados por la sorpresa y el interés, se mantuvieron fijos en el extraño personaje que se movía por el centro del laboratorio, entre útiles de química y paneles electrónicos en funcionamiento que eran los que emitían los zumbidos.

La larga bata, la figura encorvada, el cabello blanco y abundante, las enormes gafas de vidrios oscuros, las manos enguantadas, los andares nerviosos... Aquella figura grotesca era la de uno de los más peligrosos asesinos del mundo, creador de armas mortíferas para las potencias belicistas.

—Ya lo tenemos —murmuró Maggie.

—Aún no —repuso Darrin en un hilo de voz—. Parece todo demasiado fácil, Maggie. No se ve el menor rastro de Jennifer...

—Tal vez la tenga encerrada en otra habitación. Éste es su lugar de trabajo. Y algo está buscando cuando actúa tan afanosamente...

Clifford asintió, pensativo. Comenzó a empujar la puerta entornada, dispuesto al ataque definitivo.

Entonces ocurrió algo allá abajo.

Una de las computadoras chisporroteó de repente, con un leve estampido, y comenzó a humear. El doctor Muerte se volvió, sorprendido ante la avería repentina. Otra computadora, a su espalda, empezó a soltar chispas violentamente. El científico pareció desorientado.

Después, creyó entender. Y lanzó una sorda imprecación, precipitándose hacia el fondo del laboratorio. Darrin y Maggie vieron que había otra puerta al lado opuesto, también metálica. Esa puerta, de repente, se abombó, como si algo la atacara desde el exterior.

Como si fuese una fina oblea de papel, se arrugó, desplomándose en medio de un resplandor violento y un crujido áspero de metal desgajado. El doctor Muerte, alcanzando su laboratorio repleto de alambiques, tubos de ensayo y recipientes humeantes, se volvió, crispado, hacia aquella puerta abatida tan extrañamente.

Un grito ronco, de rabia y de horror, escapó de los labios del misterioso doctor. Había motivos para ello.

Por el hueco de la puerta reventada, asomaba una espantable silueta gigantesca, hinchada, deforme, de dorada piel y manos relucientes y amarillas. La cabeza del recién llegado era como el caparazón color oro de un venenoso escorpión gigante...

—¡Desmond! —jadeó Clifford, lívido.

—¡Desmond Darrin! —Cloqueó la voz aguda del doctor Muerte, corroborando la exclamación del hermano del monstruo—. ¡Tú! ¡Me has encontrado al fin!

El monstruo emitió un gruñido sordo, agitando sus brazos. Clavaba sus ojos desorbitados en su odiado enemigo, mientras se movía implacable hacia él. Era como asistir al enfrentamiento de dos fuerzas malignas que no eran de este mundo. Pero cuando menos, el infortunado Desmond lo era ahora involuntariamente, por culpa de la maldad de su adversario.

Los dos agentes se aproximaron, pero sin participar en la dramática escena que enfrentaba a ambos enemigos. El doctor Muerte parecía haber recuperado el control de sí mismo. Permanecía tranquilo, esperando a su agresor.

—Has venido a terminar conmigo, ¿verdad? —Silabeó—. No vas a lograrlo, imbécil. Te reservo una última y desagradable sorpresa que terminará contigo de una vez para siempre, Desmond Darrin. ¡Yo, el doctor Muerte, soy más fuerte que tú, e infinitamente más inteligente! Y si tú no perdonas... yo tampoco. ¡Voy a destruirte, maldito estúpido!

Bramó algo el hombre de piel dorada, ya próximo al doctor Muerte. Éste, en ese momento, alzó un pequeño frasco que permaneciera hasta entonces casi oculto por uno de los recipientes del laboratorio, y lo agitó triunfalmente.

—Esto, tan insignificante, terminará contigo y con tu poder devastador, que yo te proporcioné, Desmond —silabeó el doctor Muerte—. ¡Algo tan pequeño, bastará para ti, sucia alimaña!

Y se dispuso a lanzar el contenido del frasco sobre su adversario.

—¡Desmond, hermano, cuidado! —aulló en ese momento Clifford, movido por un irrefrenable sentimiento de amor fraternal hacia aquel ser casi irreconocible que un día fuera su arrogante hermano.

Asombrado al parecer, el hombre dorado miró hacia arriba, descubriendo allí a los dos agentes. Pero también miró al doctor Muerte, sorprendido por su presencia y su grito... y el contenido del pequeño frasco, si bien salió disparado hacia Desmond, no lo hizo con la precisión y el tino que su dueño había calculado.

El líquido, apenas tocó a Desmond —o a lo que quedaba de humano en él—, actuó con devastadora eficacia. Un humo acre empezó a elevarse de la piel de éste, de sus ropas, repentinamente abrasadas, y unos calambres violentos, espasmódicos, sacudieron a su enorme mole hinchada. La gruesa piel color oro comenzó a derretirse como si fuese cera, atacada por aquel extraño y poderoso ácido, pero sólo una parte del cuerpo del monstruo sufría aquel daño, habiéndose perdido la mitad del frasco en el vacío, haciendo hervir ahora el suelo a espaldas de Desmond Darrin.

Con un rugido terrible, el hombre que humeaba se precipitó sobre el doctor Muerte. Maggie y Clifford esperaron el horrible

momento en que su poder radiactivo y tóxico convirtiera al doctor en una pavesa informe.

Pero no ocurrió eso. Porque el monstruo atacó al doctor Muerte con su brazo herido por el ácido, que humeaba ahora, en carne viva. Evidentemente, era aquella piel endurecida la que daba al monstruo su poderío destructor, porque esta vez no aniquiló de inmediato a su enemigo.

Pero su fuerza física era tal, aun en medio de aquel doloroso hervor de su cuerpo, que logró alzar en vilo, zarandear con violencia a su odiado enemigo, como si fuese un pelele. Y ante el pasmo de Maggie y de Clifford, arrancó la peluca blanca, las gafas e incluso la máscara de goma que se adhería al rostro auténtico del doctor Muerte, revelando el rostro y cabellos de éste, en un dramático desenmascaramiento.

—¡Dios mío, no! —clamó Clifford, palideciendo mortalmente—. ¡No es posible! ¡El doctor Muerte es... ES JENNIFER, MI CUÑADA! ¡La propia esposa de Desmond...!

Así era. La hermosa enfermera, la que fuera mujer de Desmond, se agitaba, descubierta su identidad real bajo aquellos postizos, blasfemando, insultando atrozmente al que fuera su marido en el pasado. Clifford creyó entender. Aquella mujer, bajo su apariencia de víctima, era el auténtico monstruo. Ella jamás perdonó la humillación de Desmond. Y se vengó de él, usándole como cobaya de su experimento. Ahora, él devolvía el golpe a su verdugo...

Porque en estos momentos, mirando de forma agónica y tierna a la vez a su hermano Clifford, el monstruo de piel dorada aplicaba su mano fosforescente contra la faz hermosa de su mujer. Jennifer chilló de forma pavorosa, su cuerpo se convulsionó, ennegreciéndose de modo horrible, distorsionándose su bella cara en una convulsión estremecedora. Cuando Desmond la soltó, estaba muerta. Con la sangre llena de veneno letal y el cuerpo abrasado por la radiación Ultra-Omega.

Su propia arma había aniquilado al doctor Muerte.

Desmond gimió, soltando el cuerpo sin vida, y se retorció, mientras el ácido se extendía a su lado indemne, comenzando a husmear éste también. Miró con dolor a su hermano, agitó los brazos y cayó de bruces, entre espasmos que, poco a poco, fueron reduciéndose mientras su cuerpo humeaba, en carne viva, en la más

horrible agonía imaginable.

Finalmente, los dos cuerpos inmóviles, tendido el uno cerca del otro, revelaron que la tragedia había terminado. Maggie gimió, abrazándose a Darrin. Éste la acogió contra sí cálidamente y acarició sus cabellos.

—Serénate, amiga mía —murmuró—. Ya pasó todo... Jennifer recibió su merecido, y mi hermano descansa al fin. Ella nunca fue secuestrada. Lo fingió, para ponerse fuera de circulación por un tiempo y poder trabajar intensamente. Sin duda poseía el título de doctora, aunque jamás lo reveló... Era un monstruo de hermosa apariencia, el doctor Jekyll de esta horrible farsa...

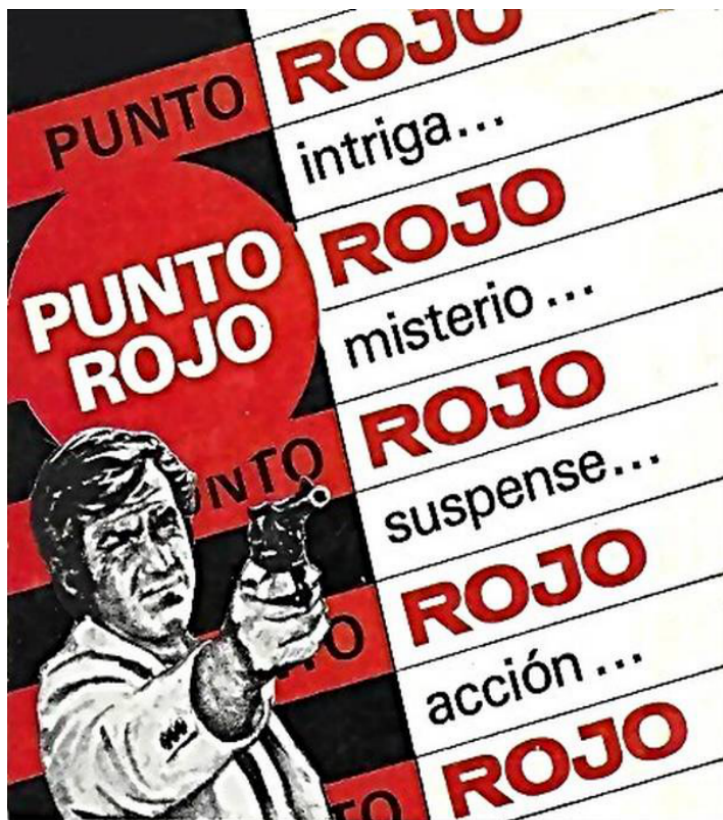
—Y ahora... ¿qué va a suceder?

—Nada. Supongo que ya nadie atentará contra nuestras vidas, Maggie, porque muerto el doctor Muerte, la potencia que ahora le pagase ya no tiene interés alguno en nosotros. Vámonos de aquí. Es preciso informar a la policía y al servicio de inteligencia. Ha caído el telón. El drama ha concluido.

Salieron del viejo almacén, convertido en tumba de dos monstruos de diferente condición, pero igualmente peligrosos. Maggie seguía abrazada a Clifford. Y al joven agente de la CIA le parecía muy agradable sentir tan cerca a aquella bonita muchacha colega suya.

Sí, era agradable sentirla junto a él. Y ella no parecía disgustada tampoco con esa proximidad...

FIN

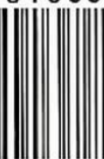


ISBN 84-02-02513-7



9 788402 025135

01688



**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España

